



LA CARTERA CUBANA.

SEPTIEMBRE—1840.

SECCION PRIMERA, CIENCIAS.

Constitución médica precidida de observaciones meteorológicas.

MES de juli.	BAROMETRO Frances.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañan	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañan	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la noche.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p73	27 p70	27 p68	83° 50	87° 00	83° 75	66° 00	49° 00	59° 00
2	— 69	— 67	— 70	83° 00	83° 50	82° 50	62° 00	56° 00	62° 00
3	— 69	— 67	— 68	82° 50	85° 60	83° 00	64° 50	50° 00	58° 00
4	— 67	— 66	— 67	82° 00	86° 50	83° 75	57° 00	47° 00	57° 50
5	— 67	— 66	— 66	82° 25	85° 85	84° 20	56° 25	53° 75	59° 75
6	— 66	— 67	— 68	83° 00	85° 00	83° 00	60° 00	60° 00	62° 00
7	— 70	— 68	— 72	82° 00	87° 00	82° 75	62° 50	57° 00	62° 00
8	— 72	— 71	— 72	81° 25	84° 30	80° 60	57° 00	61° 00	61° 25
9	— 75	— 74	— 75	80° 35	84° 20	79° 60	58° 50	62° 00	61° 00
10	— 79	— 77	— 80	79° 50	83° 00	81° 50	62° 00	57° 00	63° 00
11	— 82	— 77	— 78	81° 70	85° 35	82° 20	63° 25	57° 25	64° 00
12	— 78	— 75	— 77	81° 75	85° 70	83° 00	61° 00	55° 00	62° 00
13	— 78	— 75	— 77	82° 00	85° 00	81° 15	62° 00	55° 50	62° 50
14	— 79	— 77	— 79	80° 50	86° 00	87° 50	61° 00	57° 00	63° 00
15	— 78	— 77	— 80	82° 00	87° 50	84° 20	60° 50	55° 00	57° 25
16	— 82	— 77	— 77	81° 75	87° 20	83° 60	56° 00	57° 00	57° 00
17	— 72	— 70	— 73	82° 00	85° 00	83° 00	56° 00	50° 00	61° 00
18	— 71	— 69	— 74	81° 50	85° 50	82° 50	61° 00	58° 00	60° 00
19	— 76	— 75	— 77	81° 50	85° 50	83° 50	60° 00	53° 00	57° 00
20	— 78	— 74	— 76	83° 00	85° 25	82° 75	50° 50	54° 00	63° 00
21	— 75	— 72	— 75	81° 50	84° 20	82° 00	60° 00	58° 00	64° 00
22	— 81	— 77	— 74	82° 00	86° 20	84° 00	62° 25	53° 00	62° 00
23	— 79	— 75	— 73	83° 00	87° 00	84° 20	61° 00	54° 50	59° 75
24	— 75	— 70	— 74	83° 00	86° 75	85° 40	62° 00	53° 00	61° 00
25	— 75	— 73	— 77	83° 50	87° 00	84° 20	61° 00	52° 00	61° 50
26	— 77	— 74	— 73	83° 00	86° 40	81° 75	62° 00	56° 75	62° 00
27	— 75	— 72	— 72	82° 50	85° 60	83° 70	60° 50	60° 00	63° 00
28	— 72	— 68	— 70	72° 25	85° 35	82° 00	61° 00	57° 00	62° 00
29	— 70	— 70	— 74	80° 40	87° 00	78° 40	60° 00	58° 00	63° 50
30	— 76	— 74	— 75	78° 50	84° 75	82° 00	63° 00	57° 50	62° 00
31	— 75	— 74	— 73	80° 00	85° 00	82° 50	62° 00	56° 00	64° 00

NUBARRONES.—El 3 á 2 de la tarde con truenos, idem el 10, idem el 19 de cuando en cuando, id el 29.—LLOVIZNAS El 5 á 4 y 6 de la tarde, id. el 6 con truenos, el 10 á 7 de la mañana, el 13 á 10 de id. y á 4 de la tarde, el 14 á 6 de id. con relámpagos, el 18 á id y al oscurecer, el 21 á 6 de la tarde el 28 á 1/4 del día, insignificantes. CHUBASCOS.—El 2 con truenos y fuertes nubarrones á 2 de la tarde, el 5 á 1 del día; el 7 á oraciones, el 8 á 1 y 3 cuartos, id. el 9 el 13 de 5 á 6 de id. el 13 á 11 de id. el 17 al oscurecer el 21 á 1 del día, el 26 á 5 de la tarde, el 27 á 12 del día. AGUACEROS.—El 6 á 2 de la tarde con truenos el 8 de 2 y media hasta la tardecita, el 26 de 9/3 cuartos á 1 y cuarto de la noche el 28 á 5 de la tarde y toda la del 29 con truenos.

ESTADO DE HOSPITALES.

		MES DE JULIO DE 1840			
ENFERMEDADES.		S. Felipe y Santiago			S. Franc- de Paula.
		San Ambrosio	Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplejia	1	0	2	0
	Anginas	6	0	1	0
	Tétanos	0	0	1	0
	Afectos del corazon	3	0	0	0
	Hemoptisis	0	0	1	0
	Bronquitis	60	2	28	1
	Pleuritis	0	1	2	0
	Neumonitis crónica	5	1	11	4
	Gastritis agudas con fiebre	64	2	5	0
	Idem crónicas	8	1	3	0
	Fiebre intermitente	30	5	28	0
	Tifo intertropical	60	0	3	0
	Colitis nerviosas	10	0	1	2
	Idem diarreicas	20	1	20	0
	Idem disentericas	11	1	0	2
	Hepatitis agudas	0	0	0	2
	Obstrucciones	21	0	0	0
	Nefritis simples	10	0	0	0
	Peritonitis	1	0	0	0
	Cistitis crónica	6	0	0	0
	Reumatismos	9	1	23	0
	Sífilis y dolores osteocopos	82	2	3	3
	Hidropesias	16	1	3	0
	Viruelas	1	0	2	0
CIRUGIA.	Oltalmias	55	2	1	0
	Lamparones	6	0	0	0
	Hernias	1	0	1	0
	Bubones	35	0	8	0
	Fimosis y para fimosis	28	0	0	0
	Uretritis	42	2	1	0
	Estrecheces de la uretra	2	0	0	0
	Hidroceles	0	0	1	0
	Sarcocelos	5	0	0	0
	Hemorroides	3	0	0	0
	Fistulas del ano	02	1	3	0
	Contusiones	13	2	0	0
	Dislocaciones	5	0	1	0
	Heridas de armas blancas	3	13	0	0
	Tumores simples	4	01	7	0
	Erisipelas	0	0	2	0
	Erupciones sarnosas y herp.	8	3	5	0
	Úlceras y pústulas venéreas	59	3	4	0
	Idem subinflamatorias	0	0	10	3
	Idem pútridas	0	0	02	0
TOTALES , , ,		690	45	189	17

HOSPITALES.

SAN AMBROSIO.

Existencia en 1.º de julio de 1840	452	}	1142
Entraron en dicho mes.	690		
Se curaron.	575	}	599
Fallecieron.	24		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de agosto.	545		
La mortandad estuvo à razon de 2, 10 p. 100			

SAN FELIPE Y SANTIAGO.

Existencia en 1.º de julio de 1840.	212	}	446
Entraron en dicho mes.	234		
Se curaron.	162	}	205
Fallecieron.	41		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de agosto.	245		
La mortandad estuvo à razon de 9, 19 p. 100			

SAN FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de julio de 1840.	101	}	118
Entraron en dicho mes.	17		
Se curaron.	10	}	18
Fallecieron.	8		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de agosto.	100		
La mortandad estuvo á razon de 6, 78 p. $\frac{0}{100}$			

DEDUCCION.

De los datos precedentes y de la práctica de los facultativos de esta ciudad, se deduce, que durante el mes de julio reinaron las siguientes enfermedades; advirtiéndose, que el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

Gastritis agudas.—Fiebres intermitentes.—Bronquitis.—Reumatismos.—Diarreas.—En los europeos, el tifo intertropical.

OBSERVACIONES PRACTICAS.

Las enfermedades no han afectado este mes un carácter decididamente inflamatorio; lo que sin duda ha tenido por causa las frecuentes lluvias de junio. La saburra gástrica ha complicado las fiebres intermitentes, y nos hemos visto forzados à administrar los laxantes antes de la aplicacion de la quinina. Este medicamento heroico escaseó al fin del mes, y muchas veces estaba adulterado; por cuya razon tuvimos que acudir à otros estimulantes, como la salicina, la quina en sustancia y la pocion estibio-opiada de Peyson.

En los niños y sujetos nerviosos se advirtió cierta tendencia al predominio de su sistema; con la particularidad de que en la pirexia se notaba un carácter inflamatorio, y al llegar la apirexia la piel se enfriaba, una trasudacion abundante la inundaba, venia el coma, y si no se precipitaba la administracion de los antifebriles, la muerte solia terminar aquel cuadro espantoso. Ni la quinina mas pura los arrancaba à veces del sepulcro, si à la repeticion del ataque no se hacia mudar de barrio al enfermo. Parece, pues, que esta gravedad del mal, dependia de causas especificas, de emanaciones pútridas de los pantanos de estramuros, pues allí fué donde hizo mas estragos.

El vómito negro ha presentado un carácter mas benigno que el del año próximo pasado, tanto que ni en las casas de salud, ni en nuestra práctica, se cuenta sino una que otra desgracia, y esto solo en los enfermos que acudieron despues del segundo dia del ataque. El aceite ha sido abundantemente administrado en la invasion, y no sabemos de ningun caso en que haya agravado la enfermedad.

Las diarreas han estado algo pertinaces, así como los reumatismos, lo que depende quizás del abuso de frutas y de aguas crudas.

Se han enterrado en el Cementerio general:—

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	130	88
De color.	138	104
Sumas parciales. . . .	268	192
Total general.	460	

MEDICINA.

Continuacion del extracto de las lecciones orales de Mr. Magendie, en el curso de invierno de principios de 1838, en el colegio de Francia.

DE LA SANGRE, Y DE SUS ALTERACIONES EN LAS ENFERMEDADES GRAVES.

A la cabecera de los enfermos nos convencemos de la vanidad de las teorías médicas, y apercibimos que la mayor parte de las cuestiones de medicina se refieren mas ó menos al estudio físico, químico y vital de la sangre. La Fisiología ha hecho ya algunos adelantos en la materia, y hemos demostrado que ciertas acciones que se atribuían á la vitalidad, eran puramente físicas.

Mirando los diferentes órdenes de seres organizados, vemos que la union de los sólidos, líquidos y gases, es la condicion indispensable de la vida. Ciertos cuerpos estan casi únicamente compuestos de sólidos, y otros de líquidos; existiendo ya una íntima combinacion de ambos elementos, y ya una simple mezcla ó solo un contacto. Está probado que el líquido prepara y forma el sólido, conservándole en las condiciones necesarias á la existencia. Si los líquidos dejan de moverse, al punto aparecen turbaciones en los numerosos aparatos del organismo, se suspenden las funciones y acaba la vida.

¿Porqué será tan necesario que la sangre se mueva en los cuerpos animados? La naturaleza no ha hecho nada sin motivo, y en todas las cosas hallamos las pruebas de sus inagotables recursos y profunda sabiduría.

Para que la sangre pueda servir á la vitalidad, requiere la existencia de ciertas relaciones en sus partes constitutivas: es

necesario que desaparezca, se reproduzca y se transforme; siguiéndose la muerte ó la enfermedad, á la ausencia de una de estas condiciones, cuya perfecta armonia constituye y conserva la salud. Si se pierde una parte mas del liquido, sobrevienen alteraciones mas ó menos graves. Si se suprimen las evacuaciones periódicas, hay tambien alteracion y enfermedad. Su estado normal resulta del equilibrio de su composicion y descomposicion, ó de que los materiales que reciba por una via, los pierda por otra. Halla sus principales materiales en los alimentos, donde se comprenden las bebidas: en ellos encontramos tambien los principios que constituyen los seres, á saber: sólidos, líquidos y gases; presidiendo á estos fenómenos las funciones nutritivas y las de los sentidos. Los líquidos parecen sin embargo mas indispensables que los sólidos á su reproduccion, y por esto la sed es tan penosa y tan irresistible que hombres resueltos á morir de hambre han podido soportar la privacion de los alimentos sólidos; pero les ha sido imposible resistir á los tormentos de la sed, á esta necesidad instintiva de suministrar á la sangre el mas necesario de sus elementos materiales. El profesor refiere el hecho de una mujer que pretendia ser enviada de Dios para reformar los hombres y debía ayunar tantas horas cuantos dias tiene el año: soportó once dias el ayuno de los sólidos; mas se bebía los líquidos, y para colmo de astucia se orinaba en las botellas que los contenían. Este instinto es tan imperioso, que cuando el pueblo quiere caracterizar la violencia de una pasion que nada señorea, la nombra *sed*, y de aquí las espresiones que se hallan en todos los idiomas: sed de gloria, sed de oro, sed de sangre: esto es sin duda mas natural que el *Aura sacra famis* del poeta.

Veamos ahora los efectos que produce la abstinencia de alimentos sólidos. Si los suprimimos por grados ó súbitamente á un animal y examinamos su sangre algun tiempo después, vemos que aumenta de serosidad, disminuye de coagulabilidad, las fuerzas decaen rápidamente y aparecen oftalmías purulentas, y otras afecciones que reconocen por causa la alteracion de la sangre, debida aquí á la falta de alimentos sólidos. ¿Qué será el hambre sino el instinto que exige imperiosamente al animal provea á la reproduccion del liquido sanguíneo bajo pena de enfermedad y de muerte?

Hay otra fuente reparadora de la sangre no menos fecunda: la respiracion. Lo prueban las turbaciones que aparecen en cuanto se suspende, y lo penoso que es el sentimiento debido á la sofocacion. Cuando por un obstáculo cualquiera la sangre no se pone sino con mucha dificultad en contacto con los gases atmosféricos, deja de combinarse lo suficiente, se modifica y disminuye la excitacion normal del cerebro, sobreviniendo la afixia si este estado continúa. ¿Qué será el sentimiento tan penoso de la sofocacion, sino el instinto que nos fuerza sin cesar á poner la sangre en contacto con el aire atmosférico para que se provea de los elementos que le dan vitalidad?

Está demostrado que la sangre necesita de ciertas condiciones indispensables á la conservacion de la vida; que siempre se modifica mas ó menos en las enfermedades; y que por consecuencia es de la mayor importancia estudiar su estado en cada enfermo. Nadie dudará de estas verdades, y lejos de temer las refutaciones, pedimos con ardor que se nos hagan. Tenemos un hecho incontestable en nuestro favor: "que toda alteracion marcada de la sangre, acarrea modificaciones físicas en los órganos."

Hay un remedio muy en boga en terapéutica: la sangría. Y ¿qué direis cuando veáis que con ella se producen las mismas alteraciones de la sangre y los mismos desórdenes en la economía que cuando se priva un animal del oxígeno del aire, de los alimentos sólidos y de las bebidas? Aquí hay tres probetas que contienen la sangre de un perro á quien hemos dado tres sangrías con dos dias de intervalo en cada una. El animal estaba bien sano y le hemos alimentado en abundancia: en la primera probeta, el suero y el coágulo tienen exactas proporciones, apareciendo el último perfectamente coagulado y formando casi los cuatro quintos del volumen total: en la segunda probeta, á pesar de haberse alimentado del mismo modo, ha crecido la cantidad del suero y el coágulo forma á lo sumo los dos tercios: en la tercera, aunque no se haya cambiado el régimen, no solo es mas considerable la proporcion del suero sino que ha variado de color, tomando el amarillo rojizo, porque la materia globulosa ha comenzado á disolverse. Continuaremos sangrando este animal; pero desde ahora predigo que la alteracion de la sangre traerá la de los órganos, y mas tarde

acarreará la muerte: el pulmon se pondrá engurgitado ó edematoso, vendrá la neumonía y todo el aparato que se pretende inflamatorio; siendo bien digno de nota que esta inflamacion se desarrollará á efectos de un medio que diariamente se emplea para combatirla: por sola la alteracion de la sangre se habrán modificado los pulmones y quedado impropios á la respiracion.

No se crea por esto que trato de proscribir la sangría: puede ser útil en algunos casos; pero hay una distancia enorme entre el uso y abuso, y no temo decir que con frecuencia este limite se traspasa.

Hemos observado muchas veces que la sangre demasiado alcalina no podia correr libremente por los vasos capilares, y se imbebe en sus paredes, se derrama en los tejidos circunvecinos, y entre otros desórdenes produce en las membranas mucosas lo que hace tiempo se conoce con el nombre de *inflamacion*. Esta sangre es de una mujer atacada de viruela benigna, y en nada se parece á la que referi en la precedente leccion y que tan pronto sucumbió á la púrpura: se ha formado un coágulo bien consistente; de donde concluyo que no pelagra su existencia. Sin embargo, no quiero decir que esta sangre no esté modificada en ninguna de sus propiedades, porqué me es imposible concebir que la viruela pueda desarrollarse sin alguna de ellas: asi introduciendo este papel de tornasol enrojecido en el suero que sobrenada, azula en el instante: luego este liquido ofrece un exceso de álcali, mayor á mi entender que el del estado normal.

Tengo aquí sangre de otro enfermo, y es de color azafranado: su materia colorante amarilla, tan bien analizada y descrita por M. Chevreul, excede en el suero: está tan evidentemente alterado, que reconoceis las condiciones que producen el íctero.

¿Qué fenómenos presenta la sangre en el edema del pulmon? Sabeis que inyectando cierta cantidad de carbonate de sosa en las venas de un animal, producimos aquella enfermedad con sus signos patognomónicos y sus lesiones cadavéricas. La sangre sobrecargada de principio alcalino, se modifica; aumenta de serosidad, se derrama por las ramificaciones lobulares del pulmon, las distiende, las rompe y se aglomera en

focos de diversos tamaños, arrastrando su parte coagulable que queda semi-fluida y consiste en fibrinate de sosa ó de potasa, llamado tan graciosamente por los patólogos *gelatina de grosella*. Los mismos fenómenos se producen con el carbonato de sosa, y las emisiones de sangre á menudo repetidas, y si oímos á los teóricos de nuestra época la sangría es un remedio casi infalible, la panacea de estas enfermedades: convendreis conmigo que entonces se sangra sin saber porqué.

Esta otra sangre me parece alterada, pues el suero que no llega por lo comun sino á un quinto, forma aquí mas de la mitad de su volúmen total. Es de una mujer que tiene un bazo enorme, y que hace muchos años que sufre violentos accesos de una fiebre intermitente indomable. Creo que su enfermedad depende en parte del estado de su sangre.

Estas observaciones nos fuerzan á recomendar el estudio de los humores abandonado por los vitalistas y solidistas. He visto una jóven clorótica, cuyo corazon daba el ruido de soplete en el primer tiempo; ruido que muchos atribuyen á alteraciones de sus válvulas. Por su aspecto creí que la densidad y viscosidad alteradas de la sangre, le produjeran. Una sangría exploradora me dió un liquido poco fibrinoso. La sometí al uso del ioduro de hierro y en pocos dias desapareció el ruido, y otra sangría exploradora estrajo una sangre normal, saliendo restablecida la enferma.

De otra jóven tifoidea, que murió en pocas horas, y que arrojaba con la orina sangre liquida; inferimos que había padecimientos generales de este humor. Hallé después de la muerte, que era inevitable con aquella incoagulabilidad, los pulmones obstruidos, casi sin aire, engurgitados de una sangre viscosa y muy coloreada; el tubo intestinal sembrado de manchas azulosas y con ulceraciones; las meninges gruesas é infiltradas de serosidad rojiza, y las partes internas del corazon y de los vasos gruesos, rubicundas: en ningun punto sangre coagulada.

M. Bouchardat, hábil químico francés, ha notado que en los diabéticos la sed está en razon directa de los alimentos sacarinicos ó feculentos que consumen: para una libra de pan beben regularmente seis ó siete de agua, cuya cantidad puede sola calmar la sed que los atormenta. Esta cantidad de agua indispensable al diabético, es precisamente la que se necesita para

que la fécula se transforme en azúcar bajo la influencia de la diátesis: así disminuyendo la cantidad de pan, la sed y la cantidad de orina disminuyen inmediatamente en igual proporción; y suprimiendo del todo los alimentos en que predomine la azúcar ó la fécula, la sed desaparece y las orinas dejan de contener azúcar. Esta analogía entre lo que pasa en la economía viviente y lo que se obtiene con procedimientos químicos, tiende á ilustrar uno de los puntos mas oscuros de la patología. Se miraba la diabetes como una afección morbífica de los riñones, y se explicaba la presencia del azúcar en la orina por una modificación de su secreción, aunque en la mayor parte de los casos estuvieran sanos los riñones. P. Frank la explicaba entonces por un virus opuesto al de la rabia y que produce sed, azúcar y enflaquecimiento general. Si esto no se admite, se acude á la gastritis para explicar la diabetes. ¿No deberíamos dejar á un lado al riñón, y considerar como un simple emuntorio encargado de eliminar el azúcar que corre por la sangre y que se prepara en el estómago por una operación enteramente química?

Fuera de las causas anteriores que obran en la sangre, debemos tambien admitir el influjo nervioso: creo que muchas enfermedades del aparato pulmonal, la angina de pecho y varias especies de asma, dependen de un trastorno de la inervación; pues la seccion del neumo-gástrico dejando libre el movimiento de la bomba respiratoria, daña mucho á la circulación capilar del pulmón, ó á la mezcla necesaria del aire y de la sangre. Hemos cortado aquel nervio á un animal: ha sobrevenido un edema pulmonal y la muerte. Si se compara su sangre á la de una mujer que ha fallecido de un edema pulmonal no se apercibe ninguna diferencia apreciable: en el primero conocemos la causa, y en la segunda la ignoramos: la lesión material es distinta.

Creo, señores, que es tan nuevo como importante el estudio que nos ocupa, y que debe producir una revolucion en terapéutica: huimos de toda especie de sistema, y así no creo que me tengais por *humorista*, y que quiera revivir esas ideas exclusivas que tanto dañan á la ciencia, y luchar á brazo partido con el *solidismo* tan antiguo y tan absurdo como él. Cuan-

do nuestra ciencia puede poner en contribucion á todas las demás, cuando hemos afirmado la medicina en bases sólidas, sería ridiculo llamarse humorista ó solidista. Lo mismo decimos de las preguntas si hay *fiebres esenciales*, ó si todas las enfermedades se caracterizan ó no por *alteraciones orgánicas*. El médico ha seguido hasta ahora un camino demasiado estrecho para llegar nunca al resultado feliz que ilustra una época mejorando la condicion de la especie humana. El que no se ayuda de la física y se entrega al arte difícil de las esperiencias en animales, etc. ¡y muchos estan en este caso! este médico no vé á menudo en un hospital sino enfermos que sufren mas ó menos, moribundos ó convalecientes, y gracias que conozca alguna vez el que se ha de morir ó ha de curar. Hay otros que se deleitan con la *vitalidad* y hacinan cuentos alegres que decoran con el pomposo nombre de *Fisiología*. La vitalidad no puede definirse: ¿qué importa? No puede demostrarse en muchos casos: y ¿qué importa tampoco? con ella se aprende á frasear, á formular algunas prescripciones mas ó menos clásicas, á disimular la pereza y ocultar la ignorancia.

No nos arrastremos ya servilmente tras las huellas de nuestros predecesores. Supongamos que nada se ha hecho y que todo está por hacer, ¡y ojalá que esta fuera una simple suposicion!

LOS NUMEROS.

La inmensidad, sin cálculo, solo acusa nuestra debilidad. y el horizonte del espíritu era el del mundo. Los números han puesto al universo en su lugar; ¡y cosa admirable! sus distancias, que antes nos parecían tan prodigiosas, no son hoy mas que proporciones; así es que por medio de los números el universo que en otro tiempo nos parecia confuso y mezquino, se ha hecho vasto y razonado. Y no solo no le han disminuido, pero ni empobrecido, ni entristecido su imagen, como se nos quiere hacer creer: aunque todo sea medida, cálculo y fria

geometría en la naturaleza, su autor ha sabido dar un aire de poesía al universo. Que el entendimiento abra su compás sobre la parte geométrica del mundo, la imaginación estenderá sus miradas, y el talento sus esperanzas y sus conquistas sobre las formas arrebatadoras, y sobre el risueño teatro de la naturaleza. Que el prisma, disponiendo para nosotros del arco iris, disèque los rayos del sol, ó que el telescopio le siga en la profundidad de sus espacios, ¿este padre del día perderá por eso su pompa y su poder? Dejará por ello de ser la fuente inagotable del calor que reanima y fecunda la tierra, y á todos los que la habitan y las flores que la decoran, y al poeta que las canta?

Si, sin duda, el genio voltigeará siempre al rededor de este brillante y rico telon, cuyos pliegues ondeantes nos ocultan tantas palancas y tantos resortes; y si descubre en las entrañas del globo, ó en la aplicación del cálculo á sus leyes, su vasto maderaje, los monumentos de su antigüedad y las promesas de su duración; no vé en lo exterior mas que su gracia y su vida, y su fértil verdor y todas las señales de su inmortal juventud.

Las esperiencias no harán olvidar al amor y á su madre; y la savia, sujeta á las leyes de los fluidos, pero filtrada por la mano de las Driadas y abriéndose en botones y en flores, irá siempre á decorar el imperio de Flora y de Zéfiro. ¿Y porqué pronunciar entre el gusto y la ciencia, entre el juicio y la imaginación, un divorcio que no conoce la naturaleza? No ha unido ella el cálculo y el mecanismo, á la frescura y al colorido de las superficies? Y no oculta el esqueleto humano, bajo la mole elástica de las carnes y la brillantez de la cutiz? Su voz justa y sonora, nos llama igualmente á las ciencias y á las bellas artes: y ¿podría pintársela sin estudiarla, estudiarla y pintarla sin amarla? Sepamos, pues, por ella que instruir y agradar son inseparables; reconozcamos en fin, que el sabio que no quiere mas que sondearla, y el poeta cuyo objeto es cantarla, que en una palabra el talento y el espíritu no son mas que dos diputados de la especie humana, encargados cada uno por su parte de misiones diferentes, y que no se sabría confrontar y reunir demasiado su doble correspondencia, para asegurarse mas bien de la verdadera intención de la naturaleza, y para aprehender los goces y la perfección del género humano.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

Magisterio.

El hombre, por insensible que sea, gusta de verse reproducido en cuantos puede someter á su influjo. Si en este placer toma mucha parte el *amor propio*, tambien se mezcla aquel instinto generoso ó noble impulso de nuestro ser que nos arrastra por la beneficencia á vivir en los demás, á hacerlos partícipes de nuestras dichas, y complacernos en la suya. Por ley de nuestra naturaleza somos *sociales*, y con serlo se abre un vasto campo á la actividad humana para el reparo de sus urgencias en la armonia de todos los derechos individuales.

El que sabe, se siente devorado por el ansia de derramar su ciencia, de verter el óleo santo de la verdad sobre la cabeza de sus prójimos, para lavar en otro bautismo la mancha del error; y si á esto conduce de suyo la *verdad*, porqué es antorcha de perdurable refulgencia, no inclina menos el *amor propio*, según dejamos indicado, y aun la conveniencia de quien la posee y adora.—Si los otros mortales estan ciegos, ¿cómo entenderán que entre ellos hay uno con vista? Luego, así por la virtud propia de la verdad, que pide forzosamente comunicacion por

no ser hechura del hombre, á quien solo le toca guardarla como vaso elegido para su depósito,—cuanto por la conveniencia del que se eleva sobre sus semejantes merced á tamaña honra, la inteligencia está llamada á ser el vínculo de los hombres, y el resorte de la sociedad. Ella tiene que sembrar y propagar: tiene en suma que convertirse en legisladora y maestra.

Si hubo sabios profundos que murieron ignorados, ó sacrificaron á una virtud mal entendida el fruto de sus afanes, si la muerte no descubrió al cabo lo que así recataban; nula y sin provecho fué su sabiduría. Ni existe gloria ni la merecen. Luz que no brilló son términos contradictorios. Las dos leyes de la verdad son—existencia y difusión. Los sabios han debido escribir ó realizar lo escrito; los altos ingenios no se inmortalizan mientras no siembren fecundos gérmenes, ó hacen fructificar copiosa y sazónadamente el árbol que otros sembraron. Tal es el fin de la ciencia y del poder. Es preciso enseñar, es preciso dirigir. El hombre es social, porque es inteligente y libre; obremos sobre su inteligencia, si queremos mejorar la sociedad.

Al bajar de la altura de estos principios para ver el magisterio en pequeño, es decir, para considerarle en el círculo de la escuela ó del colegio, se conciben á la par toda la importancia del buen maestro y la nulidad del *Dómine* rutiner, para quien enseñar es una operación mecánica: pobre hombre que ignora el horizonte vastísimo que se dilata á los ojos del profesor, la paternidad intelectual y moral del maestro, y el gozo santísimo que semejante paternidad acarrea.

No se nace sabiendo; y el trabajo mas recio y esforzado de una generación, á quien no se le hubiese enseñado lo que la anterior hizo, á duras penas bastaría para llegar á los mismos adelantos, sin añadir empero cosa alguna. Suponed que nació Adán, y que toda su industria en materia de calzado no produjo mas que una tosca sandalia. Suponed ahora que no hubo eslabon de enlace entre las esperiencias del padre y los trabajos de sus sucesores. ¿Qué resultaría?—que comenzando el hijo con iguales tropiezos, su ciencia no rayaría mas alto que la de su antecesor, y la esperanza del progreso se perdería irremediablemente.

Pues bien, el nudo que ata los adelantos del uno á los del

otro, ó mejor, el que hace fundar los adelantos nuevos sobre la altura de los viejos, aumentándola, el vehiculo de comunicacion, es el magisterio. Lo mas vulgar hoy, lo que nada tiene de sorprendente es, no como quiera nuevo, sino maravilloso y estupendo para el infante que todo lo ignora. El niño se vé en el caso de atesorar en pocos años y fácilmente lo que costó á la humanidad afanes y peligros, martirio y muertes. Si se le priva de esta instruccion, que todo Gobierno ilustrado estima una de sus cargas, se le destierra en rigor de la sociedad, pues vivirá en ella inseruado como un pedazo de los siglos bárbaros, para destrozarla, porqué la ignorancia impide que la razon esmalte de su claridad el camino por donde ha de romper el alvedrio, regido entonces por sensuales apetitos y bajas pasiones que ningun freno conocen.

El magisterio, pues, no solo merece consideraciones que generalmente tendria, si los hombres en esta institucion, como en todas, no dejaran las heces de su fragilidad al pasar por ellas; sino que es fuente inagotable, es venero riquísimo de muy puro deleite, si sobrellevando sus fatigas, se columbra el modo de cosechar la mies de dulzura que Dios le manda en recompensa. Aquella intuicion enteramente maternal de los creces que experimenta en el alma del discípulo la semilla que uno colocó, y que germina al riego de sus palabras y del ejemplo, aquel conocimiento perspicaz con que casi entramos en el espiritu del niño, y sabemos hasta lo que nos dice, ó lo que nos oculta,—este vivir en otros desprendiéndose algunos momentos de si mismo, es delicioso, es indefinible, es digno de la naturaleza espiritual de Lamartine, ó de las imágenes que con pluma de oro traza en sus vaporosas y aéreas elegias.

Y no hay que ocultar las espinas, ni figurarse una senda blanda y perfumada de flores por todo el camino. Al contrario, aquel regalo solo se consigue después de haber sufrido con heroica constancia mil sinsabores, después de haber luchado con la vivaz inquietud de los alumnos, con las inclinaciones de cien corazones diversos, y con las malas influencias del ejemplo que cada cual tiene en sus familias. Hay estorbos, hay asperezas, y de aqui la necesidad de la *vocacion*, que trae consigo un empeño decidido é incansable. Los discípulos son petulantes é importunos en su falta de atencion, en su continua

charla; pues se requiere que el maestro venza y dome esas impertinencias á fuerza de no desmayar nunca en su enseñanza; se requiere que en esas ocasiones duplique cabalmente su entusiasmo para que su discurso á manera de impetuosa cascada se rompa entonces, y brame, y se cuage de espuma, y se corone de iris al tropezar con esa indiferencia, con esa insustancialidad de la niñez, á fin de que arrastrándola en su empuje omnipotente, le gane la atencion, la captive y la subyugue.

Lo cual no se logra sin entender cómo es la inteligencia de los niños, cuán sujetos están á las impresiones sensibles, y qué predominio ejercen en ellos sobre las demás facultades, la memoria y la imaginacion, hermanas legítimas. Dias suele haber que de ningun modo se saca partido; pero siempre aprenden en la perenne actividad y vocacion del maestro, cuán bueno es el saber en sí, supuesto que el afán y la fé del profesor, puestos á prueba de sus niñerías, lejos de sucumbir, las desprecia y le sobrevive. En cambio, merced á este prestigio que habla mucho al alma de las criaturas, vienen otros dias hermosos en que se vé girar armónicamente en pos del que enseña á todos los discípulos olvidados de su travesura y ligereza infantil.

A no venir esos dias en premio de otros en que el maestro estaba á punto de desconocer el prestigio que en realidad ejerce, si esos dias no comprobaran espléndidamente los óptimos frutos de una educacion apacible y justiciera, si en ellos no se firmara de nuevo el pacto de parentesco espiritual entre director y dirigidos, el magisterio sería un ejercicio aborrecible y tedioso, como lo es por desgracia para aquellos empiricos que no saben conducir la instruccion á término de proporcionar semejantes delicias, sentándose á la cabeza del banquete santo de sus hijos.

La juventud los conoce y los distingue por instinto; cuando ella alcanza á una edad de mas razon, sabe venerar á los que la llevaron por el buen camino con patriótico celo. En nuestra Habana no hay nombres que dejen detrás de sí un rastro tan bello, que despierten memorias tan dulces, como los de aquellos que han servido á su patria consagrándose á la enseñanza pública. Sea ejemplo que valga por todos el nombre del *señor Varela*, transmitido con amor y respeto á sus innumerables discípulos, y á los discípulos de sus discípulos.

Charlatanismo.

El charlatanismo, defecto emanado del deseo de figurar, es semejante á una plaga que con carácter epidémico inunda hasta las sociedades mas ilustradas. Este desolador principio, borra las reliquias del mérito individual, seduce el oído de los admiradores, inclina al iluso á seguir sus preceptos, y constituye por este medio su edificio á la sombra de miseros aduladores. Semejante á una lozana planta, vegeta la opinion del charlatan sin mas feraz abono que los riegos de incienso que esparce el populacho inclinado á su estéril área. Vuela su fama remontándose mas allá de los límites de la penetracion, corre un periodo interrumpido de felices sucesos; pero al fin, la fuerza irresistible de la naturaleza, uno de sus agentes, por el cual nos visita con frecuencia, ese torbellino impetuoso que sigue sombreando al hombre en sus mas combinadas demostraciones; arranca de los corazones engañados tan indigno renombre y pesados recuerdos, que el tardío desengaño les trajo después de mil sucesos lastimosos. A Dios, pues, el formidable edificio que débilmente cimentado en terreno movable, con el soplo del ambiente fué reducido á escombros, y solo dejó memorias y vestigios de su original decadencia. A Dios del charlatanismo con sus frases bien trazadas. A Dios del funcionario público que á trueque de voces desusadas, cargadas de los colores de su púrpura peculiar, manejó al crédulo que admiraba sus fazañas: é infeliz del desgraciado enfermo, que luchando con las molestias menos soportables, vaga entre los temerarios recursos que decanta el presunto docto, cuyas doctrinas quizá fueron sacadas del espíritu especulador, con que el hombre sin escusar medios, busca del oro, y la representacion que le apellida, para colocarse entre sabios dignos. Desgraciadamente no conocen los enfermos los necesarios principios para ser

guiados: lucha la inclinacion con la inteligencia, y esta última sucumbe casi siempre á impulsos de la habilidad del agorero. Sortilegios, milagros, y misterios sobrenaturales son los distintivos con que marca sus primeros pasos: usa el lenguaje propio de su práctica admiradora, y luego que logra cautivarnos, adorna su teatro cual el de Atila y Robespierre.

No hay estado en la sociedad que no experimente los efectos terribles de la charlatanería; aun los mas inclinados á estudiar el corazon del hombre, asoman visos de frágiles charlatanes; y esto nace de la supremacia con que el hombre se supone entre los de su clase. La astucia y la falsedad son el fundamento de este arte vil y despreciable.... Aunque los sensatos conocen fácilmente los charlatanes y desprecian su manejo seductor y doloso, no obstante hay algunos con superior sagacidad, que ganan y consiguen autorizar su estratagema haciendo inaccesible el paso de su aclaracion, superando entre los dignos profesores. Esta polilla abunda en todas partes, y mas en las grandes capitales, donde le erigen su altar en el templo de la fama, el cúmulo de opiniones: viviendo sostenida por la turba de imbéciles que desgraciadamente hormiguea en todos puntos, nada teme de la censura. Bien es, que hasta los médicos de reputacion se valen muchas veces de tan infames maniobras para celebrar su carrera histórica, eclipsando sus talentos y honrosas condiciones. La elocuencia, esta magia que encanta, que suspende y entretiene el espíritu, y encadena los movimientos libres del corazon cuando place, ¡cuán útil es, si conduce al hombre por la senda de la filosofía y los deberes! Pero se torna denigrante y culpable, siempre que el charlatanismo procura fascinar al inocente, conduciéndole al error. Ese prodigioso reservorio de remedios secretos que con intrepidez y audacia todos tienen, y produce maravillas; cura las enfermedades, y si decirse puede, roba sus atributos á *Proteo*. Son pocos los instantes para detenerse en las consultas, porqué siempre suponen la indispensable entrevista que próximamente le prepara el señor conde, ó el señor marqués N. y N., y cuyo lenguaje se acomoda de igual modo de tertulia en tertulia, prefiriendo las plazas y lugares públicos y concurridos, donde el vulgo comun sea numeroso, huyendo de discursos sabios y del roce facultativo, para eximirse de las pesadas cargas con que se les

inculpara á cada paso; pues de este modo sus decantadas fórmulas se verían reducidas á un círculo vicioso, con pugnas razonadas, destruyendo su palanca sostenedora, con la verdadera clasificación de sus inútiles, como asoladores medicamentos. Ese Le Roy, Morison, Bellost, regenerador de la vida, sus incisivos, y rejuvenecedores de toda edad; reservados á sus ocultas manos ¿qué méritos tienen? Hablen los sepulcros, y nos responderán.—*El Baracutey.*

UNA REPRESENTACION DE OTELO

EN LOS

Estados- Unidos.

El tenor García, padre de la *Malibran*, tenía un carácter poco tratable. Duro, arrebatado, violento, fué un maestro cruel de su hija María, á quien enseñó la música como un picador instruye su caballo en el picadero. La pobre muchacha pagó con mil sufrimientos las lecciones que la hicieron la primera cantatriz de su tiempo. García, que no era un tenor suave, prodigaba á su hija malos tratos y espresiones terribles. Le pegaba sin piedad, y en sus momentos de cólera, le decía entre otras cosas:—«Tú no morirás sino de mi mano.»

El padre y la hija representaban en el teatro de New-York. Una mañana, García se levantó de muy mal humor. Ese día debía representar á *Otelo*, y se le ocurrió comprar un puñal nuevo para su papel: no uno de esos puñales de resorte que entran en el puño, como los que usan los grandes trágicos de

Pezenas y Pithiviers, sino un puñal italiano, con mango de marfil y fina hoja de acero, cortante é inflexible. En el almuerzo, García dirigió algunas palabras ásperas á su hija, la que le respondió con dignidad. García irritado, la dijo:—«¿Ves este puñal? mira no te mate con él.»

Para disipar su humor sombrío, García comió y bebió ese día con exceso, tanto que al salir á las tablas estaba completamente embriagado. Bien que todavía no se habían inventado en los Estados-Unidos las sociedades de temperancia, el público de New-York viendo á Otelo vacilar, le silbó sin piedad. García, á esta acogida poco acostumbrada, se enfureció, y durante el entreacto tuvieron trabajo en impedirle se lanzase en medio del patio para pedir satisfaccion á los que le silbaron:—¡Quiero castigar á esos insolentes! decía, quiero hacerles ver lo que cuesta insultar á un español! No era en su talento, era en su orgullo nacional que García embriagado, se creyó insultado por los silbidos. Consiguieron detenerle, y siguió representando.

Al tercer acto, hizo sobre las tablas y en voz baja una observacion á su hija, la que desempeñaba el papel de *Desdemona*. María le respondió que nó. Esta palabra despertó su furor mal apaciguado.—«Infeliz! le dijo con voz sofocada, caro me pagarás tu insolencia. Que me trague el infierno si no te doy una verdadera puñalada.»

Cuando llegaban al desenlace, le asaltaron á Desdemona verdaderos temores. Era un drama real para ella el que se representaba. Embriagado, furioso, excitado por los silbidos que á cada paso se repetían, arrastrado por la ficcion terrible de la tragedia, García continuó sus feroces amenazas; y Desdemona fuera de sí, palpitando horrorizada, exhalaba gemidos que partían el corazon. Sus gestos y su voz, espresaban el terror mas verdadero y penetrante. Y el público aplaudía con furor á su accionar tan lleno de verdad, sin sospechar que la actriz corría un verdadero peligro de muerte.

Felizmente, García se apaciguó antes del momento fatal en que se precipitaba sobre Desdemona con el puñal en la mano.

Desde entonces, siempre que la Malibran representaba este papel, el recuerdo de tan terrible noche le comunicaba intensas y magnificas inspiraciones.—*Pierre Durand*.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.



Mariano, ó la Educacion.

PARTE DÉCIMATERCIA.

Si el pobre Cide Hameti Benengeli, de quien tengo la gloria de ser chozno, aunque no haya heredado mas que la pobreza, se hubiera oido llamar *contador de cuentos*, y no por las muchas historias que amenizan su Quijote; de seguro se burlaria del malandrin poco avisado á quien tan poco se le alcanza de criticas y sobrenombres.

Y ya que á uno de su descendencia se le hace tan fina alusion, cosa que no sorprende por la delicadeza de los tiempos que corren, quiere antes de proseguir la verídica historia de Mariano, contar un cuentecito:—Allá en tiempo en que las pagas de los militares contemporáneos de mi ilustre abuelo, no estaban muy corrientes; se presentó en medio de los frios del mes de enero, un oficial á su gefe, vestido de pantalon de verano, y como pudiera en la canícula.—¿Está usted loco? le dijo este.—No, señor; voy con el mes: ahora he cobrado *agosto*; de consiguiente me visto como corresponde á su temperatura.

Mi Mariano sigue las mismas reglas, y segun el mes en que sale su historia, así se atavia. ¿Será un anacronismo de co-

sas que se pueden reducir à cuentas ó de contabilidad? Allá se las haya con su Ynocente Patochada el francés, que el tiempo urge y la historia es larga. A un chozno de Benengeli no le gusta sino el habla castellana.

Entre los amigos de Mariano había uno llamado el vizconde de la Guayaba, que aunque de años y obligaciones muy distintas, la fatuidad de su carácter y la disipacion de su vida, le igualaba con aquella tanda de jóvenes, en quienes son tan naturales algunas travesuras, y sobre todo la inconsideracion y la petulancia. Al señor vizconde le había dado Dios hijos como á otros una corcova ó un lovanillo; eran una escrescencia de su ser, que él soportaba, y no un bien de que sabía disfrutar; pero no obstante, no estando en el día á la moda que los hijos de un vizconde se eduquen como en la edad media que no supieron ni leer ni escribir, forzoso se hacia el buscar algun modo de verificarlo con los dos señoritos que deberian sucederle en sus considerables rentas; y así como habia de consultar á un hombre de esperiencia y de saber, sobre este importante asunto, eligió á nuestro héroe, que él admiraba sinceramente porqué chapurraba algun tanto el francés y el inglés, que nunca pudo entender medianamente el señor vizconde, no por su culpa, se supone, sino por la imbecilidad é ignorancia de estos maestros que se encuentran en la Habana, y además admiraba aquel aire extranjero, aquellas maneras exóticas, que todo el ultra-españolismo de la casa de don Vicente Menchaca, no había podido disipar de su querido vástago.

—Mira, Mariano, le dijo un día el vizconde á su amiguito; yo tengo dos niños que es preciso educar bien, educarlos como á hijos de un vizconde, como á mis herederos; y esto me preocupa excesivamente: yo los enviaría á Europa, que sería lo mejor, por decontado al Norte, no hablemos de Pirineos para abajo; pero Altagracia (era el nombre de su señora) no lo permite de ningun modo; contraría absolutamente mi resolucion por ese cariño tonto de madre, que quisiera tener á sus hijos siempre alrededor, como una clueca sus pollitos: ponerlos en estos llamados colegios, academias, etc. de aquí, no me parece tolerable—¿qué podrían aprender? Estoy seguro que no hay en todos esos establecimientos, un maestro capaz de enseñarles una galopada en toda regla: por otra parte,

yo no soy vano; pero es desagradable mandar sus hijos á unirlos con los de un cualquiera; al fin, yo tengo que sostener mi título de la Guayaba; el que es un caballero, es menester que obre siempre como tal: así, pues, dime, hombre:—¿qué te parece? cómo saldría de este embolismo?

—A la verdad, respondió Mariano, que no escogiendo algun buen colegio en Francia ó Inglaterra, y ahora creo que estan muy de moda los de Alemania, yo no sé qué decirte—¿porqué no les pones maestros en tu casa?

—¿Y á donde estan esos maestros? alguno que otro me parece á propósito, porqué tiene el apellido exótico.... ¡pero son tan raros! y al instante se los disputan los hombres de gusto, ó ellos se van, porqué son gentes que les place, por lo regular, correr muchas aventuras. Por otra parte, te lo digo sin rodeos, que no quisiera que los niños estuvieran en casa; y Altagracia piensa lo mismo que yo; es menester alguna que otra vez cuidarlos, esto es, decirle á una negra que los cuide; estan siempre observando lo que uno hace; la mamita no puede salir sin que el redrejito lllore y quiera acompañarla, como si ella no tuviera á Carlos, ó á aquel oficialito de la perilla negra, ¿cómo se llama? Adolfo.—Sí, Adolfo, que la acompañara. Yo tengo mucho que hacer para andar siempre con el engorro de los niños, de manera que desearíamos tenerlos y no tenerlos; esta es la dificultad de resolver mi problema. Aquí me han dado un famoso programa de un colegio, academia ó universidad, á las orillas del Misissipi; debe ser cosa estupenda, porqué son ocho sacerdotes que se encargan de criar nuestros hijos á las márgenes del padre de los rios, como le llaman en Atala, y libertarnos de esta carga á los padres, que á la verdad no nacimos para tales engorros.

En esto se hallaban de su diálogo, cuando llegó Emilio, amigo de los dos, aunque fastidiaba al vizconde porqué era un capuchino sin barbas: le daba este nombre á causa de sus sermones, ó por mejor decir, porqué llaman así los necios á los que llevan razon..

—Muy á tiempo llegas, Emilio, le dijo: tratamos de una materia importante.

—¡Importantel exclamó Emilio: de algun *pantalon coulant*.

—No, no: de la educacion de mis hijos; haznos un poquito

de mas favor: quisiéramos que vieras este prospecto, que es de la universidad de San Luis de Misuri.

— ¡Cómo! ¿á las orillas del gran río hay ya doctores y licenciados? pero ¿á donde faltan bachilleres? Lo que no abunda del mismo modo es la ciencia.

— Yo creo, dijo el vizconde, que esta no es una universidad como las otras; aquí no hay musetas, borlas, ni....

— ¿Y está en español? replicó Emilio.

— No es eso lo mejor que tiene, añadió Mariano.

— Si se dirige á hombres que hablen esta lengua ¿en cuál querías que les espusiese las ventajas de su establecimiento? dijo el vizconde.

— La cosa es que con efecto estuviera en castellano; oid, oid el principio, dijo Emilio.

«Este establecimiento fué incorporado por un decreto de la legislatura del Estado en 28 de diciembre de 1832, bajo el nombre de *Universidad de S. Luis*, y autorizado para distinguir el mérito con premios y honores literarios, y generalmente tener y gozar todos los poderes, derechos y privilegios generalmente ejercidos por las instituciones literarias del mismo grado.—Goza otras muchas ventajas considerables que se recomiendan al público. La amenidad y salubridad de su situación en lo mas alto de la ciudad de San Luis, lejos de cualquier causa de distraccion, son peculiarmente favorables á la aplicacion de los estudiantes, mientras que su proximidad al Misissipi facilita los medios de comunicacion con todos los lugares situados en sus bancos, y en los de sus rios tributarios. Los profesores, en número de ocho, son miembros del clero católico, exclusivamente dedicados á la educacion de la juventud en la virtud y las ciencias, y no ahorran trabajo para formar los corazones y perfeccionar los entendimientos de sus pupilos. Nueve maestros asistentes les ayudan en esta empresa.”—Aunque esto en realidad está en francés con palabras que parecen españolas—¿qué será lo de *tener y gozar todos los poderes, derechos y privilegios generalmente ejercidos por las instituciones literarias del mismo grado*? Los profesores forman ó un concilio, ó por mejor decir, un convento; esto me huele á jesuitas.

—Y bien,—¿qué mal habia en ello? exclamó el vizconde.

estos enseñan á obedecer y respetar las cosas que existen, y no á trastornar á cada paso las instituciones, y á menospreciar sin ningún miramiento las personas.

—Es decir que tú quieres enviar tus hijos á Montronge poco mas ó menos, replicó Mariano con aire desdenoso; eres un retrógrado, pero de los grandes.

—Calla, que se han transformado en *departamentos* los ramos de instruccion; oye:

«El departamento mercantil, abraza leer y escribir las lenguas inglesa y francesa, poética, retórica, historia, geografía, teneduría de libros, aritmética, álgebra, geometría, el uso de los globos, trigonometría, medida y agrimensura.

«El departamento clásico, además de los asuntos arriba espuestos, comprende las lenguas latina y griega, lógica, metafísica, filosofía moral, física, y los ramos mas altos de las matemáticas.

«El español, si se quiere, se enseñará á los estudiantes de ambos departamentos sin algun gasto adicional.

«El inglés es la lengua ordinaria de comunicacion en todas las clases, excepto las de francés y español; pero los estudiantes hablan francés é inglés sin distincion durante las horas de recreacion.”—El español, le aprenderán si gustan, se supone que no serán los españoles, y sobre todo que no le enseñará el redactor de este prospecto.

—¡Qué delicado eres, Emilio, con tu español! dijo Mariano: yo no encuentro tan raro eso de *departamentos*; ¿no hay ochenta y tantos en Francia?

—Y además, el departamento del Ferrol, exclamó el vizconde.

—No tengo nada qué responder á tan sabias observaciones; pero oídme con un poco de juicio: dicese en este gringo, malamente llamado castellano, que de resultas de una *esshivicion*, *c'est à dire* de un exámen, se dan el grado de A. B. y de A. M. (ustedes sabrán cuáles son esos grados) á los que lo merezcan. Un español, un cubano, que necesite ganar sus cursos en una carrera literaria, ¿qué hará con los tales grados? Supongo que importen mucho en los Estados-Unidos; mas el que no ha de establecerse allí, ¿qué puede hacer con su A. B. ó con su A. M? Y no debemos pasarlo por alto, porque esto

es mas importante de lo que parece: muchas veces vemos la educacion de un jóven frustrada porqué no ha tenido un objeto: aprendió sin duda alguna, mejor que en su patria, en New York una lengua antigua, en Londres el cálculo diferencial, en Hamburgo la gimnástica, en Berlin la historia, en Paris algo de literatura, en Roma la música y el dibujo, y en ninguna parte á dedicarse á una profesion, á ser útil para alguna cosa. Esto es tan cierto, que todos los dias vemos jóvenes muy apreciables, que hablan con mucha propiedad de este ó del otro ramo, los que suelen ser en general hasta inconexos, y que sin embargo no son á propósito para nada, á excepcion de la carrera mercantil, que sin disputa puede aprenderse tan bien como aquí en cualquier parte: si el viajero en lugar de elegante literato, de sabio humanista, de científico matemático, ó físico, ó erudito anticuario, quiere ser dependiente de una casa de comercio, todas las demás quedan frustradas en estos viajes prematuros, en que se carga la cabeza de retazos sin zurcir, y se deseca el corazon de todos los sentimientos que deben darle vida. Dejadme, pues, que me ria de estos grados que se ofrecen á los españoles que vayamos á recoger la sabiduria á las orillas del Missouri, á donde se habla, se come y se vive, de una manera tan distinta de como hemos de hablar, comer y vivir toda la vida.

—Yo hallo sin embargo, dijo el vizconde, que aquí se ofrece una educacion propia de caballeros: por el mes de agosto todos los años, durante las vacaciones se permite á los alumnos la diversion de la caza: esto es propio de señores; y los pupilos no estan bajo la *vigilancia* de los profesores, sino bajo su *superintendencia*, es decir, que los profesores son allí *superintendentes*.

—Oye, oye, exclamó Emilio, que siempre tenia el papel en la mano;—y estos buenos sacerdotes no han querido soltar del todo las disciplinas; oid este trozo tan bien discurrido como bien hablado.

«Las violaciones de la disciplina establecida en la universidad, se reprimen con benignidad paternal; el castigo corporal se dá solamente por *graves ofensas*, y no se inflige por nadie sino por el presidente, ó en su ausencia por el vicepresidente. Los que, á pesar de todos los esfuerzos que se hacen para corregirlos, se muestran incorregibles y cor-

«ruptos en su moral, serán enviados á sus padres ó agentes.”

—Búrlate cuanto quieras, exclamó Mariano; pero yo veo que la tolerancia filosófica se ha introducido entre esos padres de ese colegio, ó lo que sea; lee en seguida.

«Los ejercicios públicos de religion son los de la iglesia católica; pero son recibidos pupilos de todas sectas, con tal que, para conservar el órden y la uniformidad, quieran asistir á los públicos deberes del servicio divino con sus compañeros.”

—Toma, toma tu prospecto, no quiero leer mas: aprovéchate, vizconde, de la ocasion, separa tus tiernos hijos de tu lado, antes que los pobrecitos ni sepan siquiera que eres su padre, sepáralos del clima en que han de vivir antes que se persuadan de que tienen patria: sigue ese camino espedito y franco de hacer tus hijos propios para todo, menos para lo que han de ser: ponlos en contradiccion y desuso con todo lo que han de seguir y usar; y después de hacerlos bastante ridiculos, porque serán bien heterogéneos en su pais, y sobre todo bien desgraciados, quéjate de su indole, de su estravagancia, y de todos los males que tú mismo les has causado, por moda, por preocupacion, por ignorancia, ó por todas estas cosas juntas.

—Emilio, no vengas á encajarnos uno de esos sermones en que te duermes, y vamos á la sala con las señoras, lo que valdrá mas que hablar inútilmente de educacion.

Esto dijo el vizconde, y guió á sus amigos á la sala de la calle, donde se reunían algunas personas de ambos sexos, que habian de comer aquel dia en su casa.

Muchos eran los concurrentes, porque ya eran las tres, muy dadas, y venir demasiado temprano no es de tono aquí; las señoras se están vistiendo, y la sopa hierve en la caserola. Entre las personas que mas se distinguían en la brillante reunion, descollaba un don Palubio Parto de Piferrer, alto como un trinquete, gordo como de buen año, pero chato en términos de no descubrirsele narices ningunas. Todos le rodeaban ellos y ellas, por decontado los de pocos años; y mi hombre, al advertir la risa general que excitaba, se persuadía de la mejor fé del mundo, que les hacía mucha gracia, que era chistosísimo, y que todo aquel apresurarse al rededor de su descomunal persona, era porque le admiraban, porque se complacían con sus felicisimas ocurrencias.

—Vamos, le preguntaba un jóven de veinte y cinco años, de esos que cuatro palabras las dicen entre seis carcajadas de risa: —¿no trabaja usted ahora nada de bueno; no hay algo en el telar con que nos complazca estos dias?

—Poca cosa; no tengo la cabeza para nada, y sobre todo esa turba gárrula de criticastros, me tiene fuera de mí; y dale con que es preciso estudiar para saber, y que uno no debe coger la pluma sino para esgrimirla en asuntos que se tengan bien digeridos: ¡pues no faltaba mas! Entonces nos quedábamos á buenas noches con las cuatro quintas partes de los escritores de campanillas. En fin, para darles chasco, y para que no vengan á fastidiarnos con sus invectivas, estoy escribiendo la *apología de las feas*.

—Bien hecho; exclamó Emilio: Erasmo escribió la de la locura.

—Muchas gracias, señor don Palubio, le dijo una niña como de diez y ocho años, con dos centellas por ojos, una tez de azucena, una boca adornada con unos dientes mas blancos que el jazmin, y un aliento mas agradable que el de esta flor; —muchas gracias, por la defensa que ha emprendido usted de nosotras.

—¡De usted, paralinfo celestial! exclamó mi hombre; no, Lolita (parece que se llamaba así la niña), bien sabe usted que ni yo la defiendo, ni usted necesita de defensas.

—Esa apología, dijo una doña Eduvigis, cuarentona, con una cara de vara y media, una nariz en dulces coloquios con su prominente barba; —es una chanza muy pesada de ese caballero, una pulla descortés é imprudente: yo no lo digo por mí, pues me parece que sería hacerme poco favor suponer que semejantes tiros pudieran alcanzarme; pero la verdad ha de manifestársele á todo el mundo, y pésele á quien le pese.

—Esa es mi opinion, respondió don Palubio; por eso definiendo yo á las feas, porqué la verdad es, que si no son á propósito para los juegos de Vénus, suelen serlo para las veras de Minerva.

Altagracia, ó el amo de la casa que es lo mismo, si se sirve acordarse el piisimo lector, previendo que la cuestion podía tener fatales consecuencias, quiso distraer la conversacion, porqué sabía muy bien que después de vieja, nada sentía una

dama como que le dijese sea, y preguntó á la concurrencia:

—¿Qué les han parecido á ustedes esas dos composiciones de Zorrilla que ha publicado el Diario últimamente?

—El ángel esteminador tiene mucho vigor en la diction, y no menos valentia en los pensamientos; contestó un hombre modesto, vestido de negro, que estaba detrás de la dama; sin embargo, yo quisiera una diction mas castiza: el fiel imitador del estilo metafórico de Calderon, debía respetar la lengua de este, y no emplear el verbo *palidecer* y otras espresiones semejantes, que contrastan singularmente con los modismos y la fraseologia ordinaria de este poeta, pues generalmente las toma de nuestros ingenios del siglo XVII.

Emilio aseguró que en su composicion á las ráfagas rojizas del sol, había Zorrilla hecho el último esfuerzo y abrióse un camino mas original, y mas adecuado á su modo de considerar los objetos y representarlos: esa reflexion eterna al nacer y ponerse el sol, de la sangre derramada á torrentes por los crímenes y las pasiones en la tierra, es una idea muy poética y de una sublime originalidad.

Don Palubio aseguró que estas composiciones serian todo lo bueno que se quisiese, pero que él estaba por la sátira, y por la sátira picante, porqué un pullazo en letras de molde en que el aguijon no esté bien afilado, es como una sobreasada sin mucha pimienta. Los rasgos sublimes de los poetas conmueven á muy pocos; es menester tener cabeza para entenderlos, corazon para sentirlos, imaginacion para exaltarse, y lanzarse tambien con el vate por los espacios imaginarios; pero dos chuletas bien aderezadas, bien personales, bien duras y descargadas, hacen reir á todo el mundo, y grangear al que la arroja fama inmortal por todos los ángulos de la tierra.

—Doña Eduvigis, que no se había olvidado de la apología de las seas, contestó al instante, que los malignos y las malas lenguas tienen aun peores corazones. Vea usted; una pobre mujer no es tan bonita como otra, al instante van á medirle las narices, á ver los puntos que calza su boca; y en fin, si es derecha ó está jorobada—pues! y cuando tienen la desvergüenza de sacarle la fé de bautismo para averiguarle los años! Nada, nada; maldito todo el que no se ocupa mas que en vomitar hiel.

—Por esa regla todos seríamos malditos ó malditas, dijo la picaresca de Lolita; porqué no sé en qué consiste que mas nos gusta ver descuartizar á nuestro prójimo como á san Bartolomé, que celebrar el mérito y la virtud—¿quién no se rie cuando vé caer á uno en la calle?

—Esto debió quedarnos de la maligna serpiente del paraíso, replicó don Palubio.

—No es usted mala serpiente, dijo doña Eduvigis.

—Pues no es mal salto el que han pegado ustedes desde las poesias de Zorrilla, hasta la culebra de cascabel! exclamó el vizconde.

Doña Altagracia dejó la conversacion general, porqué no sé que asunto particular y privado tenia que comunicar al oficialito de la perilla, de quien ya se hizo honrosa conmemoracion; y todo este tumulto de conversaciones inconnexas, de bromas, ó de asuntos serios, terminaron luego que un elegante paje vino á decir á la señora de la casa: *Madame, la soupe est servie*; la señora tocó generala, y todo el mundo se dirigió á la mesa, con firme propósito de no ocupar en vano un puesto en aquella sesion.

A muy pocos dias de esta comida, sucedió á Mariano un pasajillo, que acontece con frecuencia á los que tienen mucha práctica en las picardigüelas que abundan entre la gentualla del pais, y con mucha mas razon á un jóven que acababa de llegar, habiéndose educado fuera. El, á pesar de todas sus prevenciones, procuraba unirse con todo el mundo, ya para divertirse, ya para conocer y tratar las gentes con quienes el destino le precisaba á vivir.—Entre estos amigos de café y tertulia, habia un don Adrian, hombre de esterioridades finas, de un lenguaje vivo y chistoso, muy entregado á los vicios y que al través de su finura de perspectiva, encubria la mas in-moral degradacion. Don Adrian era del continente americano, pero emigró cuando la salida de las tropas realistas de su pais, y se estableció en la Habana, de cualquier cosa, especie de empleo inesplicable, incomprensible para todo el que no le ojerce, y sin embargo muy comun: en donde quiera se le encontraba, su traje decente, gracias á la revista que habia ido pasando á todos los sastres, amen de muchos tenderos, cuando las cuentas engrosaban demasiado, ó cuando el primo le

rechiflaba; en donde quiera hablaba de negocios, tenía que tratar con este ó con el otro, bullia por aquí y por allí, y que me ahorquen si sé lo que hacia. Este don Adrian, pues, tuvo la feliz ocurrencia de necesitar algun dinero de Mariano, esto es, de su padre don Vicente: pedirle prestado hubiera sido muy comun, y quizás no cosa suficiente—hé aqui cómo le embistió, y ojo alerta.

—Mi querido Mariano, le dijo: se me han atrasado algunas remesas de Caracas, y he necesitado buscar dinero: aunque muchos amigos hubieran tenido infinito placer en acudir á mi urgencia, mi delicadeza no me permite nunca emplear este medio, y á costa de un interés, lo que es para mí infinitamente preferible, salgo del paso; sobre todo contando como cuento, con una entrada de fondos que me permitan liquidar con los que me hacen estas anticipaciones.

—Y bien, respondió Mariano,—¿en qué puedo yo complacerte?

—En una friolera; estos usureros son infinitamente desconfiados; exigen siempre un fiador, que aqui absolutamente no es mas que de fórmula, porque á mas tardar, dentro de quince dias habremos salido de esto con dinero de casa.... no sé si convendrá que tú respondas de mí á un pirata de esos que ha de entregarme hoy treinta onzas: ya ves, tener que molestarte por una roñería así... no, no, prefiero valeme de otro cualquiera....

—Y ¿porqué dudas de mi amistad? le contestó el guanajoté de Mariano, que se le figuraba tener delante de sí á un hombre, modelo de pundonor y de delicadeza.

—Veremos, dijo desdeñosamente don Adrian; y sin mas hablar se separaron.

No había pasado una hora, cuando volvió á presentársele con otro quidam *soit dissant* prestamista, y el primero presentó á Mariano el *pagaré* en que este había de firmar como fiador principal pagador, y á veinte dias de vencimiento.

—Pues que te has empeñado, yo no quiero hacerte un feo; mas de veinte van á incomodarse por esta preferencia: mas cómo ha de ser, tú lo exiges.

Mariano firmó no sin mirar dos ó tres veces al que prestaba, cuya cara no manifestaba tener mucho que adelantar á

los demás; pero la verdad es, que aun caras mas estílicas hay entre las almas filantrópicas que se dedican á este inocente manejo.

Al momento desapareció la vision, y después de un tier-
no apretón de manos, el don Adrian se hundió sin duda en al-
gun abismo para nuestro héroe, pues no volvió á echarle la vis-
ta encima hasta dos ó tres meses después de cumplir el *pagaré*,
y de haberle satisfecho con auxilios secretos de su madre, sin
atreverse á que supiera nada don Vicente para que no vol-
viera á irritarse como cuando el famoso *pagaré* del juego, de
que hará memoria el bondadoso lector que haya seguido el hilo
de esta peregrina historia.

Mariano averiguó que el tal usurero era fingido, que don
Adrian había tomado quince onzas, y este supuesto prestamis-
ta otras quince, y conoció cuán fácil es engañar á los inocen-
tes, y cuán preparado era menester encontrarse contra estos
entes que estan siempre en asechanza de las pesetas de su pró-
jimo. La impunidad que necesariamente se sigue á tales aten-
tados, porqué la principal malicia es por lo regular inaveri-
guable, los hacen mas frecuentes que importaria á la buena mo-
ral, y á la seguridad y á la propiedad de los ciudadanos, condi-
ciones primordiales del órden social. Y no se crea que el con-
tagio de este mal es peculiar de nuestro cielo, donde es incon-
testable que cunde con furor. En Europa, en el Norte, en los
países mas cultos, en donde la policia está mas alerta, donde
las leyes ejercen su accion con mayor severidad, alli la estafa
y el engaño se presentan con el mas grande descaro; porqué
alli tambien el lujo, las pasiones, el refinamiento de todos
los vicios, el contraste mas fuerte de caractéres encontrados,
acumulándose con las miserias accidentales, con la pobreza,
la desesperacion y todo el extremo de las desgracias, espo-
nen á mayores alternativas al corazon humano que ofrece con
mayor frecuencia el cuadro abominable de sus prevarica-
ciones.

Doña Marcela no facilitó á su hijo las treinta onzas de su
empeño, sin acompañar su dádiva de un buen sermon; pero
ignoran las buenas madres que sus queridos hijos con tal
de lograr su intento, les importa nada que les emboquen una
mision entera; no lo volverás á hacer mas, les dicen á estos

angelitos de veinte á veinte y cinco años; y ellos muy compungidos prometen el mas sincero arrepentimiento, y agarran la plata para sus vicios ó para sus devaneos. El pobre de Mariano en rigor no estaba en tal caso, pues aunque como menor de edad y bajo la patria potestad, de ningun modo era hábil para fiador; el reclamar hubiera sido quizás mas costoso, y siempre de mayor escándalo, y sobre todo hubiera llegado á la noticia de don Vicente, cosa que procuraban impedir á toda costa el hijo y la madre. Sin embargo, no dejaré de tratar de este asunto, sin recordar á estas buenas madres, que su funesta condescendencia es infinitas veces el origen de la perdicion de sus hijos: la facilidad de satisfacer todos los apetitos de una edad en que se está en la efervescencia de todos ellos, nos habitúa á los vicios, que con naturalizados con nuestro corazon le dominan tiránicamente, y arrastran por fin á su perdicion. No digo yo ni por pensamiento, que un jóven debe naturalmente estar desprovisto de los recursos que le permitan todos los goces legitimos de su clase y de sus años; aun menos todavia que transformando la casa paterna en una mazmorra, ó cuando menos en una celda de novicios, se intente aprisionar al hombre en la edad que necesita de mas expansion, de una libertad prudente y generosa: los que tienen la desgracia de criarse en esta opresion, viven en un estado contrario á la naturaleza, y al menor requicio que descubren, corren despavoridos á todos los goces de que se les ha privado, como el agua al labio del sediento Tántalo, y se ven al instante encenagados y en todo el fondo del horror de que una prevision exagerada, violenta y contraria á los votos de la naturaleza, los pensaba preservar.

Otros amigos mas funestos encontró Mariano; hombres incautos y fuera del órden social en que viven, lanzándose á proyectos insensatos, á esperanzas quiméricas, y entregándose á especulaciones peligrosas, de imposible realidad, y á cuya ilusion sacrifican incesantemente la felicidad, y aun la existencia de la generacion presente y hasta el porvenir de las futuras. En este insensato delirio que se ha apoderado de los hombres hace setenta años, de desmoronar todo lo existente para sustituir las quimeras de una perfeccion inasequible con la masa furibunda de las revoluciones, y sin esperar al lento y

benéficoso progreso de los siglos, miranse envueltos los hombres mas honrados, muchas veces los de una fé candorosa, los de mas generosidad de sentimientos: la inesperta juventud es la primera que se alista bajo esas banderas de colores tan seductores; y así hemos visto victimas y victimas sacrificarse unas detrás de otras, abriendo ante de su perdicion la barrera á todas las pasiones mas desenfrenadas, arrastrando su arbitrario y despótico capricho á millares de Seides en nombre de unos derechos que ellos son los primeros en conculcar: en una palabra, no queriendo sino subvertir todo el órden social con pretexto de estos mismos derechos, y desplomar sobre los miserables humanos cuantas calamidades pueden afligir á nuestra desventurada especie. Mariano, á quien se habia alejado imprudentemente por su padre de un país, cuyos elementos es necesario conocer á fondo para saberle preservar de los males de que su dichosa situacion hasta ahora le han libertado, Mariano sin amor patrio, sin ideas fijas, sucediéndose en su cabeza multitud de otras heterogéneas que ha percibido en cada país donde siguió sus estudios, y ninguna armonia con lo que debia constituir su razon en el caso en que se hallaba, como habitante de este país; deseoso de ser ya algo, se hizo revoltoso creyendo que así llegaria á ser patriota, y seducido por malvados ó por necios, minaba la felicidad de su patria, y se agregaba á los que no preveen los males que nos abrumarian si sus votos criminales pudieran tener algun resultado. Careciendo de toda estabilidad y aun de verosimilitud, semejantes planes, don Vicente tuvo la amargura de advertir que porqué su hijo no fuera cubano, le habia hecho enemigo de la isla de Cuba; porqué su enemigo es, y bien encarnizado, el que procura abismarla entre los horrores. Lo vió con dolor, y se penetró bien tarde de su imprudencia; pero para evitar otros males, juzgó oportuno hacerle salir segunda vez de la isla, separarle cuando necesitaba unirse mas con él, para ponerle al frente de sus negocios, y volver á arrancar á la pobre madre la dulce prenda de su felicidad, el único consuelo de su vejez. Pero esta vez don Vicente tenia razon, era el único remedio que restaba, y era urgente acudir á él para evitar la perdicion completa del jóven, á quien una errada educacion ponía en situacion tan comprometida.

AJEDREZ.

Comenzándose à generalizar en esta ciudad el juego del ajedrez, procuramos amenizar algunos retazos de esta obra con anécdotas que creemos distraerán à los aficionados.

Cunningham.

Este critico y editor de Horacio era en su tiempo el mejor jugador de Europa; murió en Escocia en 1752, de edad de mas de ochenta años.

En la última parte de su vida se le veía raras veces en las grandes concurrencias; dedicado esclusivamente al estudio, à la sociedad de literatos y al juego de ajedrez.

El doctor Stewart jugaba frecuentemente con él, en casa de lord Yslay, al ajedrez, que él conocía mejor que nadie en Inglaterra.

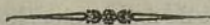
Mr. Cunningham trató familiarmente con el lord Sunderland y con el duque de Argyle, y no fué menos estimado por su eminencia en el ajedrez, que por su critica, talento é instruccion.

Cuando lord Sunderland estaba en la Haya, contrajo particular amistad con Mr. Cunningham, porqué los dos eran eminentes jugadores. Cuando el lord estaba desocupado iba al alojamiento de Cunningham, ó enviaba su carruaje por él: después de algun tiempo que jugaban, observó el lord que el que estaba ajetreado del carruaje al tiempo de sentarse à jugar perdía infaliblemente, con lo que dejó de ir à casa de Cunningham, y enviaba siempre por él, por cuyo artificio le batió varios dias seguidos, con admiracion de Cunningham, que estaba cierto de entender el juego tan bien como su adversario. En fin, un dia que se puso de mal humor, le declaró el lord la pieza que le habia jugado; y como Cunningham insistiese en que alternasen en ir al alojamiento del otro se confirmó el lord en

su observacion, y su opositor se restituyó á su primitivo nivel, porqué desde entonces perdieron y ganaron alternativamente.

Este hecho (que no parece del todo increíble, porqué las calles de la Haya no estaban entonces tan llanas como ahora estan las de Londres) prueba cuán equilibradas estaban las capacidades de los antagonistas una con otra.

Durante la residencia de Mr. Cunningham en la Haya, un príncipe aleman que oyó hablar de su gran destreza en el ajedrez, fué á aquella ciudad con el objeto de jugar con él en tan noble diversion. El príncipe, cuyo nombre se calla, informó á Cunningham por una esquila del motivo de su venida á la Haya. Mr. Ogilvie, feudatario de Cluny, oficial escocés al servicio de Holanda, que pasaba en el concepto de muchos por poco menos que un loco ingenioso; se hallaba con Mr. Cunningham cuando recibió la esquila, quien le dijo: que él no quería arriesgar su reputacion de jugador de ajedrez, jugando con una persona que no conocía, y así deseaba que él fuese y jugase uno ó dos juegos con el príncipe, con nombre de discípulo suyo. Cluny convino en ello, y se dice que Mr. Cunningham escribió al príncipe, que aunque había tenido el honor de recibir la invitacion de S. A. para ir á jugar un juego con él, no podía aceptarla, porqué negocios urgentes se lo impedían por entonces; pero para que no quedase desconcertado le enviaba uno de sus discípulos, que le entretuviese aquella tarde, y que si este quedase vencido, él tendría el honor de ir á hacerle compañía el dia siguiente, y jugaría con él todos los juegos que gustase. Cluny efectivamente fué, y le ganó al príncipe todos los juegos que jugaron. La mañana siguiente muy temprano, el príncipe salió de la Haya con el sentimiento de la poca posibilidad de suceso que habría tenido jugando con el maestro, cuando había sido vergonzosamente derrotado por el discípulo. Pero el hecho es que Mr. Cunningham y Cluny no jugaron en toda su vida un solo juego el uno con el otro, y que el primero era reputado por mucho mejor jugador que el segundo.



SECCION CUARTA.

POESIA.

La Virtud.

Vayan fuera del pecho las pasiones
que crueles me agitaron,
y en su vez dame, oh Dios! las afecciones
con que las almas puras se embriagaron.
¡La virtud! la virtud! joya preciosa
que á los tristes mortales

es venero de goces celestiales,
mi pecho inunde con su luz gloriosa.

Yo siempre te adoré, virtud sublime,
el alma entusiasmada
siempre ansiosa buscó la inmaculada
gloria que tu ejercicio nos imprime.

Amargo es el recuerdo de ocasiones
en que de ti olvidado,
al mundo abrí los brazos agitado
del volcan hervidor de mis pasiones.

Mas siémpre te encontré consoladora,
 como la casta esposa
 que recibe en su seno cariñosa
 al esposo que vuelve y la enamora.

Infelice del hombre que no alcanza
 á concebir cual eres,
 tesoro de riquísimos placeres,
 y de celestes lauros esperanza.

É infelice de aquel que sometido
 al interés helado,
 en su duro egoismo aprisionado
 tu belleza moral no ha comprendido.

No quiera Dios que nunca ia fé mia
 vacile en adorarte.

ni que llegue insensible á contemplarte
 con pensamiento débil ó alma fria.

Que cante yo con voz que el aire rompa
 y ardiendo en santo anhelo
 los orbes atraviése, y llegue al cielo
 tu dulce nombre y soberana pompa.

S. Massana.

(Febrero de 1840.)

A CELIA.

Bello es á fé, Celia hermosa,
 ver la rosa
 del zéfiro enamorada,
 cuando en perlas de rocío
 junto al rio
 amanece coronada.

Y admirar á maravilla
 en la orilla
 el matutino arrebol,

cuando èntre nubes de platá
y escarlata
asoma su disco el sol.

*
O bien en claro aroyuelo
ver del cielo
el azulado cristal;—
ó en la noche silenciosa
temblorosa
luz de estrella virginal.

*
Pero sin duda es mas bello
el destello
de pureza y de candor
de tu frente delicada,
circundada
por la diadema de amor.

*
Ver en tu fresca mejilla
como brilla
la inocencia que la baña;
y esconderse tu mirada,
recatada
tras de la luenga pestaña.

*
Sin jamás ballar en ella
triste huella
de mezquina liviandad,
ni la sed de galanteo
en que veo
arder á tanta beldad.

*
Que como en el hondo seno
del sereno
piélago guarda ignorada
toda intacta su belleza
y riqueza
la madre perla preciada.

*
—En la virtud educada
y olvidada

de los ardides del mundo,
 todo es en tí poesía,
 Celia mía,
 y afecto hermoso y profundo.

Tus ojos manan ternura,
 y dulzura
 tus labios, y tu espresion
 es tan dulcemente grata,
 que retrata
 tu angélico corazon.

Flor del desierto ignorada,
 regalada
 por las brisas del amor,
 como el único consuelo
 que del cielo
 baja á calmar tu dolor:—

Como joya de diamante
 que arrogante
 descuella entre los abrojos
 de la corona inclemente
 que tu frente
 llena de amargos enojos.

Si el himno del sufrimiento
 y tormento
 te arrulló en la tierna cuna,
 y luego en tu edad de flores
 sus rigores
 creció la suerte importuna:—

—Levanta la frente amada,
 regalada
 por las brisas del amor,
 y en él recibe el consuelo
 que del cielo
 baja á calmar tu dolor.

S. Massana.

(Mayo de 1840.)

LA TIMIDEZ.

A las márgenes alegres
Que Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,

Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
A España entre perlas y oro
Peregrinas hermosuras.

Mas festiva que las auras,
Mas ligera que la espuma,
Hermosa como los cielos,
Gallarda como ninguna.

Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazon que no robe
Ni quietud que no destruya.

Así Rosalba se goza:
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empaña la suya.

Lisardo, jóven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos, que por Rosalba
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso en fin, si supiera
Que audacias amor indulta.

Idólatra mas que amante,
Con adoracion profunda

A Rosalba reverencia,
Y deidad se la figura.
Un día alcanza otro día
Sin que su amor la descubra,
El respeto le encadena,
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos
Dijeran que mas presuma,
Pero el comedido amante
O los huye, ó no los busca.

Perdido y desconsolado
Una noche en que natura
A meditacion convida
Con su pompa taciturna,

Mientras el disco mudable
En que ceñirse acostumbra,
Entre celajes de nácar
Esconde tímida luna;

Al márgen del sacro río
La inocente suerte acusa,
Y así fatiga los aires
Con endechas importunas:

«Baja tu vuelo,
Amor altivo,
Mira que al cielo
Osado vá.

«Déjame el alma
Que otra vez libre
Plácida calma
Vuelva á tener.

«¡Qué digol Necio!
El cielo sabe
Si mas aprecio
Mi padecer.

«Gima y padezca,
Una esperanza
Sin que merezca
A mi deidad.

«Sin que la pida
Jamás el premio
De mi perdida
Felicidad.

«Timida boca
Nunca la digas
La pasion loca
Del corazon.

«Adonde oculto
Está su templo
Y ofrenda y culto
Lágrimas son.”

Mas dijera, pero el llanto
En que sus ojos abundan,
Le interrumpen las palabras
Que en la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera
En un valle adonde muchas
Del árbol sacro á Minerva
Opimas ramas se cruzan,
Suave cuanto sonora
Lisardo otra voz escucha,
Que enamorados los ecos
Tales acentos modulan:

«Prepara el ensayo
De mas atractivos,
La rosa en los vivos
Albores de mayo.

«Si al férvido rayo
Su cáliz espone,
Que el sol la corone
En premio ha logrado,
Y es reina del prado
Y amor de Dione.

«¡O fuente! en eterno
Olvido quedaras
Si no te lanzaras

Del seno materno.

«Tal vez el invierno
Su curso demora,
Mas tú vencedora
Burlando las nieves
A tu impetu debes
Los besos de Flora.

«Y tú que en dolores
Consumes los años,
Autor de tus daños
Por vanos temores,
En pago de amores
No temas enojos.

«Enjuga los ojos,
Que el Dios que te hiere
Mas culto no quiere
Que audacias y enojos.»

Rayos son estas palabras
Que al ciego jóven alumbran,
Quien su engaño reconoce
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adónde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda;

Mas muda la noche en vano,
Y en vano la sombra oscura,
No sufre orgullosa Vénus
Que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos,
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos
La fé y amor que se juran
Leyeron y ruborosas
Se volvieron á sus urnas.

Maury (Pére).

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

La Joven de la Flecha de Oro.

HISTORIA HABANERA.

LIBRO SEGUNDO.

Despertó.

Tutte queste cose sono così frequenti
che basta aprire gli occhi e si vedono.
Nessuno mi dirà ch' io esageri.

SILVIO PELLICO.

I.

*"La mujer honrada, la pierna
quebrada, y en casa."*

[REFRAN.]

TIEMPO es ya de penetrar con don Simon Alegrias en su propia habitación, que dijimos en otra parte estaba situada en los barrios mas setentrionales de la ciudad,—y de considerarle en su nuevo estado, y en todos aquellos pormenores de la vida doméstica, en que el hombre casi nunca puede prescindir de lo que es, y en que estriba la felicidad ó la desgracia del consorcio.

Su casa, que había sido en un principio lo que se llama aquí una bodega, con el tiempo y sucesivamente se convirtió en un mero almacén, depósito de frutos del país, y algunos de Europa. Así que, al lado de las cajas de azúcar y los sacos de café, veíanse cajones de fideos, de vinos, grasas y almendras, tercios de sacos y de tasajo, botijas de aceite y de aceitunas. Afortunadamente la fábrica era de alto; y de este modo junto

con su escritorio podía tener establecida su morada arriba, aunque de ordinario se pasaba los días enteros en el piso bajo,— ya porqué un dependiente le llevaba los libros de cuenta, única atención que allá le llamara; ya por no perder la maña de vender é inspeccionar á todas horas sus mercaderías.

Pero con motivo de su casamiento, ya fué como de necesidad pasarse al alto y alhazarle de nuevo, que estaba por demás desmantelado. A este fin, hizo traer sillas de paja, pues las anteriores eran de madera y viejas: también trajo un sofá, que reemplazó al antiquísimo canapé, donde es fama que en el tiempo de su soltería maduraba él todos sus proyectos especulativos, y donde leía el Diario de mañanita: una hermosa bomba de cristal, sustituyó al roto farol que alumbraba la sala en noches muy contadas de grande ocupacion; y en fin, un espejo de cuerpo entero, vino á completar el ajuar y adorno de este sitio. Mandó así mismo echar vidrios y cortinas á las ventanas, que de tiempo inmemorial no se abrían, con especialidad á la que miraba al norte del segundo cuarto, que destinó para cámara de su esposa. Pagó quien retocara las paredes, cubiertas de polvo y telarañas, las cuales formaban caprichosísimas redes hasta en las patas de su mismo escritorio. Este, junto con los libros en folio, y todo linaje de papeles manuscritos, los hizo trasladar del segundo aposento á la sala, donde estuviesen independientes y espeditos, para cada y cuando ocurriese tanto á él, como al mozo que le llevaba las cuentas.

Por supuesto, que desde luego compró criada para la batea y costura, como también criado que así sacara la volante, como aderezase la comida, cosiera los zapatos de la señora, é hiciese otra hacienda y menesteres del tenor. Porqué es de saberse, que hasta el día antes de su matrimonio había comido de fonda; y para lo demás de la casa, se había servido siempre de sus mozos, cual de esclavos, largamente.

Preparada la casa de este modo, ya no se aguardaba más que por la novia, quien tomó de ella posesion la misma noche de su matrimonio. O la casualidad, ó Alegrias dispuso las cosas de manera, que ninguno de los que cuidaban el almacén se impuso de su llegada, ó al menos no le vieron la cara, pues entró de prisa y cubierta con el velo de sus desposorios; y de

los mozos, uno leía un periódico sentado á horcajadas sobre un tercio de sacos, y otros dos escuchaban desde cajas de vino. Ella, puesto que lo repugnaba Alegrias, alcanzó llevar consigo á la mulata Anacleta, que no podría vivir separada de su señorita; pretestando él para la negativa que no le haría gran falta, cuando él habia provisto, no digamos á sus necesidades, mas á sus caprichos y placeres, como se vanagloriaba.

Pasemos de largo por los extremos de ternura y dolor que hicieron los padres y hermanos de Paulina al separarse de ella la noche de sus bodas: demos por referidas las lágrimas de los criados que en tropel salieron hasta la calle á verla partir, y besarle el ruedo del vestido en señal de respeto y cariño; demos así mismo por referidos los padecimientos de aquella alma inocente que entraba en el mundo por una puerta de masiado estrecha, habiendo tropezado en el quicio; y vamos á otra época y á otras cosas que mas importan á la prosecucion de esta verídica historia.

Aunque las especulaciones mercantiles de don Simon no eran muchas, ni complicadas, que digamos, pues estaban reducidas á cambiar muy pocos frutos del pais, por otros muy pocos de España;—como refaccionaba algunas fincas de campo, y él era de suyo poco diestro ó entendido, le ocupaban lo bastante, para hacerle frecuentes lados á su esposa. Sin embargo, su genio sistemático y terco, junto con sus celos y su desconfianza, le acarrearón dobles fatigas y sinsabores. El nunca imaginó que casando, tendria que variar un punto del método de vida y de las costumbres que usó desde mozo;—pero en el instante que Paulina puso los piés en su casa, conoció que se habia equivocado de medio á medio.—Vióla hermosa, jóven y viva, con inclinaciones y gustos muy diversos de los suyos; convenciéndose además, que ella le habia dado al fin la mano de esposa, mas por persuacion de los padres, y acaso por ambicion, que por cariño: de todo esto, sacó esta consecuencia terrible para su dicha y tranquilidad futura:—que no se podía ser comerciante á su manera, y casado con mujer jóven y linda. Perderla de vista un punto, le era duro: descuidar sus mercaderías por atender á ella sola, mucho mas duro; pues entre estas y la mujer, no sabemos hácia que lado se inclinaria la balanza de su amor.—Si la casa fuera baja, pensaba él,

ó si pudiera bajar el escritorio al almacén, me vería libre del dependiente que me lleva los libros, el cual de por fuerza tiene que ver y saludar á mi esposa cuando sube y cuando baja; especie que me desagrada altamente. La única ventaja de la casa alta, es la separación de viviendas; pero ¿qué hacemos con esto, si por atender la una, tengo que descuidar la otra?

Mirada la cuestión por el lado del interés material, presentaba esos obstáculos de difícil si no de imposible vencimiento: ahora, si la miramos por el del interés moral, no los presentaba menos arduos: ocultar su mujer á los ojos de los que entraban y salían de su escritorio, no era fácil ni hacedero, por mil razones de política y de humanidad: encargarse él solo de los libros de cuentas, que nunca había llevado, y del cuidado del almacén, mucho menos; ya por esto, como por no echarse encima un trabajo penoso para sus años y su poca práctica. ¿Cómo conciliar, pues, estremos tan opuestos? Hé aquí la traza que se dió. — De las cuatro á las nueve de la mañana hay cinco horas, decía él consigo mismo, durante las cuales mi mujer ó duerme, ó anda por los cuartos en sus quehaceres encerrada, y en ese tiempo puedo yo, con ayuda del dependiente, despachar todos los trabajos del escritorio. De las nueve á las tres de la tarde, me andaré por allá abajo ó en la calle: de parte noche también se puede hacer algo: el caso es evitar en cuanto sea posible las visitas del dependiente al escritorio, en especial cuando estoy fuera de casa, y conciliar el cuidado de mis intereses del almacén con el de los del alto.

Con todo, aun se ofrecía otra dificultad. ¿Cómo impedir que Paulina, que era tan viva, saliese á la sala para llamarle á almorzar, ó para otra cosa semejante? — Suplicarle que no se tome esa molestia, mas propia de un criado que de una mujer decente; y en caso de no surtir efecto, hacerle entender que me desagrada mucho el ser interrumpido cuando estoy trabajando en el escritorio.

Pero Paulina, ya á causa de su natural vivo y cariñoso, ya del deseo de abandonar su encierro, apenas tardaba el marido un cuarto de hora en venir á su llamado, que iba, y si estaba solo, se le ponía detrás, y dándole una palmadita en el hombro: — ¿No almuerzas hoy? le decía en el tono mas blando y dulce que se haya oído en boca de mujer.

—Allá voy, allá voy, solía responderle sin volver la cara, ni levantar la pluma de lo que estaba haciendo.—Déjame sentar esta última partida, y seré contigo.—Mas si porfiaba, siempre con la terneza de un ángel, él de seguro que le añadía mohino:—¡Cáspita! Y qué brisa parece que corre por esta casa! Con que ella se volvía por donde vino, aunque nunca como vino; pues tal desabrimiento de parte de su marido, no podía dejar de afligirla en lo íntimo del alma.

Este desabrimiento de don Simon, databa de época bien remota. Fuera de lo mucho que su genio áspero y rudo contribuía á no ser galante ni tierno á todas horas con su mujer, los extraños lances que habían precedido á su casamiento, eran suficientes para agriar el humor del hombre mas manso del mundo. El desmayo de Paulina en la iglesia á causa de su encuentro inopinado con Jacobo, le reveló muchos misterios, y le afirmó en los recelos que ya de mucho antes le inquietaban; esto es, de que ambos á dos jóvenes se querían. De aquí su oposicion á que Paulina trajese consigo á la mulata.—Porqué, él decía, y en parte con fundamento, ¿de qué puede provenir esa estrecha amistad que se advierte entre ama y esclava? Claro es que de la comunicacion secreta de amores. De aquí tambien su oposicion decidida á que saliera á paseo, aunque fuese con sus hermanas ó con su madre. Porqué, ¿quién me asegura, añadía cavilando, que no se encontrará por esas calles con Jacobo, y le dé otro desmayo? Quién duda que la vista del objeto amado enciende el adormido afecto, asi como la ausencia le apaga? Bien puedo yo vengarme de él y de ella si me agravian, ¿pero no es mejor y mas barato evitar el mal antes que suceda? La mulata es probable que continúe en sus mañas de tercera; ¡pobre de ella si la pilló!

Lo peor de todas estas y semejantes cavilaciones de don Simon, era el disimulo y la reserva que observaba con su mujer. Conducta, que puesto que no rayase en hipócrita, ya que nada ponía de su parte para persuadirla que confiaba de ella, aun producía el bastardo efecto de toda desconfianza, mayormente entre los casados; es decir, el despego y la indiferencia, de quienes en vez de amarse se recelan mutuamente. Todo el empeño de Alegrias estaba cifrado en cortarle á su esposa toda comunicacion con los de fuera; y no hubo resorte, ni me-

dio que no tentase por lograrlo. Aislándola de todos sus parientes y amigos, imaginaba él tenerla en completa seguridad. Pero ¿cómo separarla de su numerosa familia, sin romper abiertamente con ella? El podía vender su carruaje, los arreos y hasta el calesero, que en efecto y al fin vendió bajo pretexto de inutilidad por enfermedad: mas ¿cómo impedir que la madre y hermanas de Paulina se entrasen algunas tardes, en su casa, y quiera que no, con achaque de distraerla, la sacasen á paseo?

Una de esas tardes, en que Alegrias contra su costumbre, había salido de casa desde temprano, se aparecieron doña Dolores y Orocía; y como se topasen con Paulina algo triste, y sola, recostada en el sofá, por distraerla y por ver una función de iglesia en la de Guadalupe, la invitaron á salir con las instancias que sabe emplear el cariño de una madre y el afecto tierno de una hermana. Ella se escusó cuanto pudo con la ausencia del marido, con el cuidado de la casa, pues no tenía persona de bastante confianza á quien encomendarla, y hasta con el poco ánimo de salir que en aquella sazón sentía: mas nada e valió. Acaso sus mismas excusas, avivaron el deseo de sacarla que habían traído su madre y hermana; y por no darles que temer, ni sospechar, si mas se resistía, vistióse ligeramente y salió con ellas, dando sus disposiciones á Anacleto para el arreglo de la casa.

Cuando Paulina tornó de la calle, eran ya mas de las nueve de la noche: su madre la dejó en la puerta de su casa, y siguió para la suya con Orocía. Subiendo la escalera, se encontró en el primer descanso con la mulata, quien tomándole una mano, le dijo en muy baja voz:

—Niña, ahí está el amo, y segun parece, bravísimo.

—¿Por qué causa? sabes? —le preguntó siempre subiendo.

—Creo que porqué la niña salió sin pedirle licencia.

—Pues esa es muy poca cosa para enfadarse.

—¡Ay, niña! Si su merced le hubiera visto cuando entró y no la halló! Qué cara puso! Le cogi miedo. Apenas llegó, se fué derecho al cuarto de su merced, registró la cama, detrás de las puertas, del escaparate; y no encontrándola, pasó al otro cuarto, á la cocina, hasta que vino á la sala. Yo estaba en el balcon, tras la romana, aguaitando todo lo que hacia; y por

evitar que me diera un grito, sali al fin y él me preguntó, muy sofocado:—¿Dónde está la señorita?—Ha salido con la señora, y la niña Orocia, le respondí.—Tiró el sombrero en el sofá, y se puso á dar paseos de un extremo á otro de la sala. *Ahorita mismo acaba de sentarse...*

Fuera mas larga esta minuciosa informacion de la mulata, si la distancia que mediaba entre la escalera y la sala, lo hubiese sido tambien, y si Paulina no hubiera traído de la calle la preocupacion de ánimo que sacó. Lo que sobre el enojo de su esposo le referian, le quitaron de todo punto los deseos de saber tantos pormenores. Así que, apresurando el paso, en un instante estuvo dentro, y dijo sorprendida:

—¡Dios mío! ¿Qué oscuridad es esta? No hay luz en casa?

—Así parece: le contestaron en voz áspera y pausada, desde el fondo de la sala.

Por el eco, poco menos que á tientas, se encaminó Paulina al sitio de donde juzgó que salia, y tropezando con los piés de un hombre, exclamó asustada:

—¡Simon! ¿Eres tú?

Un ronquido sordo, como el gáñir de un podenco, fué la única respuesta que obtuvo: ella añadió, algo mas asustada:

—¡Simon! ¿Por qué no has mandado á enconder luz? ¡Anadeta! ¿Qué descuidos son estos, mujer? Con qué está aquí tu amo, y tienes la casa á oscuras?

—No hay velas, niña, le contestó la mulata.

—¿Cómo, que no? Has visto en la despensa?

—La despensa está cerrada: su merced se llevó las llaves.

En esto don Simon no pudo reprimirse mas, y rompió en una gran carcajada, casi á los oídos de Paulina; la cual, llena de turbacion y de vergüenza, metiendo la mano en el *ridículo*, tomó las llaves, y en compañía de la mulata se dirigió apresuradamente á la despensa, de donde sacó vela, que ella misma encendió y trajo á la sala en un minuto.

Iluminada la pieza, miráronse á la cara los esposos: Paulina de pié desde el aparador en que colocaba la luz, con la timidez propia de una jóven que se juzga en alguna manera culpable; don Simon desde el sofá, tendido de largo á largo, ya sin frac, ni corbata, con el descaro y la satisfaccion de quien ha castigado una falta, y se complace en ajar las ro-

sas de la vergüenza brotando en el rostro de una pobre mujer.

Es claro, que la discordia doméstica, por primera vez, asomaba su horrible cabeza en aquella casa.—El disimulo, la contemplacion con que Alegrias hasta alli había tratado á su esposa, si puede bautizarse con el nombre de contemplacion á las deferencias y deberes que se imponen los que han de vivir para en uno;—era debida mas bien á respeto por el poco trato ó confianza, que á verdadero cariño. De modo que hasta cierto punto, debe decirse que Alegrias, que no era nada sufrido, deseaba la discordia; ó por lo menos, un motivo cualquiera para declarar abiertamente sus intenciones á su mujer.

Esta, después de vagar un momento de un lado á otro de la sala, sin saber qué hacerse, ni donde posarse, que estuviese bien, vino y se sentó en una silla cerca de su marido, en ánimo quizás de dar una satisfaccion, ó que se la diesen. Pero Alegrias, bien que adivinara su intencion y quisiese mortificarla mucho mas, bien que se hubiese distraído con el enojo y los recelos, luego se levantó del sofá y comenzó á darse paseos con las manos metidas en los bolsillos del chaleco, y los ojos clavados en la punta de los piés cuando venia, en el techo de la casa cuando iba.

Ya era esto demasiado. No había tanta culpa, para tal castigo. Ella lo conoció, y al principio el amor propio ofendido quiso sobreponerla á sí misma; pero quedó vencida ante la reflexión de su debilidad y desamparo, y ante la idea de sus santos deberes como esposa, que habían procurado infundirle desde tiernos años sus padres;—y reclinando la cabeza en el respaldo del sofá, lloró largamente. Entonces don Simon acercándosele, trató de inquirir con blandas, aunque frias palabras, la causa de su llanto; cual si su desabrimiento no lo fuese, y cual si aquellas preciosas lágrimas no le satisficieran, y esperara mayor humillacion de quien las derramaba. Porqué al cabo de algun tiempo, viendo que no le respondia, sino que por el contrario continuaba llorando, se puso en pié otra vez, y dijo:

—Eso es lo que saca la mujer casada de andarse en la calle, mientras su marido está fuera de casa trabajando. Quien sabe qué desmayos no habrán habido por ahí....

Alusion maligna y mortificante al suceso del día en que se casaron, y por lo mismo hija de un pecho ruin, tanto mas, cuanto que Paulina con su ternura y su bondad había procurado siempre borrarle de la memoria de su marido. Y nunca menos que entonces se había hecho ella acreedora de que se lo echaran en cara, pues demasiado sabía él, que ni salió, ni deseó jamás salir sola, sino en compañía de la madre ó de las hermanas; quienes merecían el mejor concepto por su honradez y sus virtudes. Así qué, no pudo aguantar mas, y cubriéndose la cara con el pañuelo de la mano, y empapándole en lágrimas, metiose por los cuartos y en su cama, donde se echó vestida cual estaba. Don Simon con toda la flema y la parsimonia de que es capaz un hombre que ha tirado bien sus cálculos, y por alcanzar el fin de sus intentos, no perdona medios, ni sacrificios,—sentose en la banqueta del escritorio, y se puso á escribir en el libro *mayor*, que llaman los tenedores de ellos. Cuando se levantó de allí, el reloj de la catedral, había dado las once de la noche: al soltar la pluma, las únicas palabras que dijo, en tono de podersele oír, fueron:—“Sí, la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.”

II.

Cualquiera creeria, que después de la escena que hemos referido en el capitulo anterior, don Simon no volvió á mirarle á la cara á su mujer en buenos días. Equivocárase de medio á medio quien tal pensara. El sistema que él seguía para tratarla, si es que alguno seguía hombre tan mudable de suyo, era el de *tira y afloja*, como vulgarmente se dice. Al menos, si este no era su sistema, pesole del efecto que habian producido en Paulina sus palabras, pues que al día siguiente, sin aguardar á mas, usó con ella de muy diverso tono, y hasta de caricias, tal, que llegó á chocarle. Lo mas probable de estas variaciones, es que don Simon no atinaba con el medio de conducir á su mujer por el buen camino, ni mucho menos con la clave de su carácter. El, que antes de casarse, imaginaba que por jóven y por sencilla, podría mas fácilmente hacerla á sus mañas, halló con extrañeza que se ofendia de una correccion y que derramaba

lágrimas por una sátira.—“¿Dónde es ida la viveza y jovialidad de esta muchacha que llora y se duele de tan poca cosa, como la reprension de su marido? O mi mujer es simple, ó es la mas delicada y rara de cuantas mujeres existen, decia él. Necesario, pues, se hace que yo mude de conducta con respecto á ella, si quiero conservarla.”—Y en efecto, cuando él se persuadió que se le habia pasado el enojo, hizo juramento solemne de no volver á darle celos, ni demostrarle que los sentia, como tambien de no contradecirle de frente sus gustos é inclinaciones, sino con blandura y suaves consejos, cual niño mimado, apartarla de lo que él llamaba mala senda, y poco á poco y sin ruido irla encaminando hacia la buena.

Después de hechas estas reflexiones, y ratificados estos propósitos de enmienda, dióse á imaginar el bueno de don Simon que en lo adelante todo iria muy bien, corregida por lo pronto su mujer de la maña de salir á la calle. Esto por una parte, que al cabo, ya sea fastidio, ya prueba que quisiese hacer, ya grandes ocupaciones que le ocurrieran de repente, ello es, que si al principio pocas veces se apartaba de la mujer, esto es de la casa, dió en dejarla sola casi todas las tardes, y mucha parte de la noche. Seguro además de que en su ausencia nadie se atreveria á subir al alto, pues espresamente lo habia prohibido; tampoco se cuidaba de volver mas ó menos temprano.

Entre tanto, Paulina, que ó no conocia bien á su marido, ó no habia tenido motivos para reflexionar sobre su misma situacion, quedó espantada y medrosa del porvenir sombrío que se le presentaba, viviendo continuamente al lado de un hombre tan violento y duro de condicion, por no decir grosero. Desengañada así mismo, de que eran inútiles los esfuerzos que hacia para engendrar confianza y ternura en su pecho, se abandonó enteramente al destino que le estaba reservado.

Mientras corria la luna de miel, que en verdad para ella no la hubo, su ánimo ocupado de mil cosas diferentes por la mudanza de casa, de estado y de modo de vivir, pudo salvarse de los males que traen consigo la ociosidad y la soledad. Pero desde que asomó el primer disgusto, desde que Alegrías empezó á hacer de ella menos cuenta, y á pensar mas en los negocios mercantiles que en los domésticos, fué cayendo en tris-

tisimas imaginaciones, de que no eran poderosas á sacarle su genio vivaz y alegre, ni el humor siempre festivo de Anacleto:

En el tiempo harto breve de su mocedad, sabemos que después de la costura y el bordado, la lectura había sido uno de sus mas predilectos placeres. Pero desde que se casó, se le dificultaron los medios de satisfacerle tan á menudo cual quisiera, merced á la poca ó ninguna aficion de su marido, quien no tenia en casa otros libros que el Diccionario de la lengua, el Código de comercio, los Diarios de Córtes, y un Manual de cartas; todos estropeados y polvorientos. Fácil le hubiera sido, es verdad, hacerse de obras, como las pidiera á su familia ó las comprara; pero imaginando que quien demostraba tan poca aficion por los libros, tambien repugnaria que otros empleasen su tiempo en leer, mas bien quiso privarse de este honesto entretenimiento, que dar motivo á una repension necia.

En semejantes circunstancias todo vino á reunirse para hacerle mas triste é insoportable la soledad de su casa. Con motivo de las lluvias que habian sobrevenido, y que en nuestra tierra se estacionan meses enteros, hallábase, por decirlo así, enteramente separada de su familia, que aun en carruaje no tenian valor para cruzar las profundas y cenagosas calles de la Habana, en especial de noche.

Pues una de esas noches, en que la lluvia caía á torrentes, y el viento se estrellaba con fuerza y estrépito contra las puertas y ventanas, no sabiendo que hacerse, vagando de un punto á otro de la casa, como loca, por casualidad tropezó en el escritorio de su marido. Llamóle la atencion un rimerero de cuadernos y libros en folio que vió acomodados en una especie de estante pequeño, con dos ó tres entrepaños y largas celdillas. Tomó en sus manos el primero que se le vino á los ojos, por cierto que apenas podia con él, tal era su grueso volumen, y empezó á hojearle con sobrada pausa, nacida mas de torpeza, que de curiosidad. Pero á las pocas hojas, fastidiada de no ver mas que largas columnas de renglones en forma de verso endecasilabo, con cifras numéricas á la derecha, soltóle y tomó otro, que le aconteció lo mismo. Al tercero ó cuarto, iba á dejar el registro, cuando de entre las hojas de uno de ellos, se desprendió y cayó á sus piés un papel grande, muy borrajado. Era el borrador de una carta que principiaba

con el vocativo *Señorita*. Esto, como es de suponerse, le sorprendió nuevamente; y no sabemos si por un impulso de celos, ó de mera curiosidad femenil, fué que ella dejando precipitadamente el estante, se acercó á la luz. Por la letra no le quedó duda de que su marido la había escrito; pero tan mal, y con tantos renglones rayados, que era de casi imposible inteligencia para otro que para su autor. Sin embargo, á poder de clarearla á la vela, y de darle infinitas vueltas, logró entender algo; lo bastante para sospechar que había servido de borrador á la carta con que Alegrias le declaró su pasión. Incontinenti sacó dicha carta, cotéjala con aquel, renglon por renglon, letra por letra, y halló que eran una misma; con la sola diferencia, de que en aquellos parajes donde el autor presumió que se había excedido en las promesas, estaban variados en la copia, y rayados con prolijo afán en el informe borrador.

No necesitó de mas Paulina para convencerse del carácter de su marido. ¿Qué se puede esperar de un hombre (decía ella sin soltar el papel de las manos), que al declarar su amor á la mujer con quien desea enlazarse para siempre y hace vida comun, se anda de tal modo midiendo en las palabras, que recoge una promesa por temor sin duda de que luego le exijan? Qué puede dar de sí un hombre que niega á la amante, lo que duda ofrecer á la esposa? Muy mezquino debe ser este hombre. Claro está que yo he sido engañada, ajustada, que nuestro casamiento se ha calculado por él, como otra especulacion cualquiera. ¿Quién quita, que mañana ó pasado, viendo que no le traigo utilidad, me eche á la calle? O qué so pretesto de que le soy gravosa, ó le arruino, me deje morir de hambre y de miseria?

Por no dejar de sentir y de llorar, representósele viva allí, y en un mismo punto la escena de la noche pasada, y la conducta posterior de su marido, que halló en manifiesta contradiccion. Después de tanta severidad, por tan poca cosa, como salir de casa estando él fuera; venían muy mal sus halagos y humillaciones: por donde bien se echaba de ver, ó la suma bajeza de su indole, ó la suma hipocresia de su carácter, mucho mas mortificante que la misma desconfianza desembozada.

Si el hombre que celoso de su honor y de su reputacion como marido, le pareció digno de respeto por haberle repre-

dido una falta de que se reconocía culpable.—humillado, le tuvo por ruin, mas digno de lástima que de afecto, de desprecio que de odio. De manera, que él creyendo dejarla contenta y satisfecha, la dejó agraviada; en vez de corregida, renuente á la corrección. Porque ella decia, y no sin fundamento: si cree tener motivos para reprenderme ¿porqué me halaga? y si me halaga, ¿por qué me reprende? Teme por ventura, que yo me vengue?

En estas cavilaciones y cosas estaba Paulina enfrascada, cuando se apareció la mulata callandito por detrás, y le dijo:

—¡Niña!

—¿Qué se ofrece? contestó sorprendida.

—¡Ay! ¿Pues no era su merced la que ahora mismo estaba aqui hablando?

—Yo no.

—Tal, tal me pareció oír su voz allá dentro, y vine, y como la vi sola, me figuré... la verdad, niña, me figuré que le había dado algun mal de cabeza....

—Eso es que tú sueñas; porque yo no he hablado palabra. ¿Preparaste las camas?

—Sí señora. ¿Pero su merced se va á costar tan temprano? Apenas son las nueve.

—No importa.—Y diciendo y haciendo fué y se echó en la cama. Anacleta como animal fiel, siguióle detrás, y se le sentó á la cabecera en un taburetico bajo, guardando el mayor silencio.

Advirtió que su señorita para echarse, casi no había hecho mas que aflojarse el vestido, y desatar la trenza; indicio cierto de que no era su ánimo dormir, sino descansar de alguna fatiga; y desde luego concibió fundadas esperanzas de establecer plática con ella, que era lo que buscaba con tales y tantos rodeos. Es de saberse, que la mañana de aquel día, aunque lloviznosa, Anacleta había andado en compras de cintas y otras friolerillas que Paulina le encargó; que volvió muy tarde; y que apenas tuvo tiempo de contarle todo lo que había visto y oído en las calles, al principio por temor de don Simon, y luego por la profunda tristeza y mal talante que notó en el rostro de su misma señorita. Pero las horas volaban, don Simon podía volver, y Anacleta no era para guardar mucho tiempo un secreto en el pecho. De suerte, que cuando hu-

bo pasado un corto espacio, y juzgó que Paulina se había segado algo, le dijo:

—¿A que no me adivina la niña de qué me estaba acordando ahora?

Abrió los ojos, fijolos por un momento en los de su maliciosa preguntadora, y cerrándolos otra vez, movió ligeramente la cabeza en ademán de responder que nó.

—Me acordaba, prosiguió la mulata sin turbarse, de la noche en que á su merced se le perdió la *flecha de oro*. Tendrá la niña presente que fué en el baile de la Habanera: el último por cierto á que ha concurrido, y al que concurrirá tal vez.

El corazon del ama, con un suspiro profundo, pagó la memoria de aquel suceso, al que se enlazaban otros gratos de su mocedad; y abrió los ojos de nuevo, y de nuevo se le animó el rostro, cual si deseara vivamente el fin de la conversacion traída de una manera tan estraña por la esclava. La cual alentada por tales muestras de atencion y curiosidad, continuó en estos terminos:

—Crea su merced, niña, que cada vez que me acuerdo de esa noche, me da no sé qué. Jamás he visto á la niña tan desazonada. Y aunque es muy diferente la causa que la tiene así ahora, de la que la tuvo de aquella manera entonces; sin embargo, la cara de la niña está diciendo lo mismo. Permítame que se lo diga, la niña parece mas bonita riendo que llorando.

—¿Pues yo lloro acaso? repuso ella, llevándose ambas manos á los ojos, como para convencerla y convercerse á si misma de que no derramaba lágrimas.

—Ya se vé que la niña no llora en el momento; pero yo conozco que por allá dentro le está pasando algo que no la deja alegrarse. Yo creeria, y aun la demás gente, que su merced no habia hecho buen matrimonio.

—¿Juzgan que he casado mal?

—Tanto como mal, no, mi señorita; pero no bien. No digo que el señor don Simon sea malo, ni que trate mal á la niña. ¡Dios me libre de decir tal cosa! Conozco que él la quiere, y que su merced debe de quererle á él. Con todo, me parece que no se quieren bastante, ni como yo esperaba.

—¿Cabe mas amor entre los que se casan?

—¡Oh! qué si cabe! Cabe muchísimo mas, niña, á mi enten-

der. Cabe, como estrellas en el cielo, y como barcos en la mar.

—¿De qué manera concibes tú el amor de marido y mujer? Vamos, espílicate para que nos entendamos.

—A mí se me figura el amor de marido y mujer, niña, semejante á un árbol con una sola rama, ó un par de palomas que no se separan nunca, que nunca se enojan, que nunca se ofenden; que siempre se buscan, que siempre se rien, que siempre andan juntas; en fin, que cuando una se enferma, la otra también se enferma; que si una se muere, la otra también se muere. ¿La niña se rie? Pues entonces para qué se casan?

—Me rio de ver el entusiasmo con que hablas, y del disparate que pides al corazón del hombre y de la mujer. Ese amor que tú tan lindamente imaginas, dicen los que tienen experiencia, que es de todo punto imposible en el mundo; ya porqué no sea fácil hallar dos voluntades tan conformes, ya porqué aunque existiera, no podía ser duradero. Sobre todo, ¿has visto tú algun hombre morir por una mujer, ni una mujer morir por un hombre?

—Yo no lo he visto, es verdad, pero he oído contar algunos pasajes muy lastimosos de hombres que se han matado por una mujer, y también de mujeres muertas de pesar por un hombre. Su merced misma me contó, no hace muchos días, que una niña llamada Carolina, no sé de qué, se había vuelto loca de resultas que su padre se opuso á que se casara con un hombre á quien ella queria mucho.

—Es cierto. Mas aun suponiendo que exista ese amor que dices, todavía no te hago la concesion, sino en favor de la mujer; porqué á fé, que pocos, muy pocos ejemplos de hombres me sacarás, que se hayan sacrificado á la pasion amorosa.

—Vamos, niña, no se haga la que no lo cree, ni lo espera, que yo sé muy bien, que si se le presenta otro hombre de su gusto, antes que el señor don Simon, su merced le deja mirando para el camino.

—Quien sabe. Yo misma no me atrevo á asegurar lo que hubiera hecho en ese caso. Sin embargo, si lo dices porqué te figuras que no quiero á don Simon, ó porqué estoy arrepentida, ó porqué me arrepentiré mañana ó pasado; mira que te engañas de medio á medio. Yo no solo no estoy arrepentida, sino que doy infinitas gracias á Dios por haberme concedido

un esposo, que no me inquietará con celos á menudo, ni me dará mala vida, ni variará tan fácilmente en su amor.

Al llegar aquí, la mulata torció el gesto, puso la frente sobre las rodillas, y se tapó con entrambas manos las orejas y la cara, para ocultar á su señorita la repugnancia que sentía á creer lo que le estaba diciendo; y al mismo tiempo, para ver modo de darle otro giro á la conversacion, pues iba tomando uno falso, tanto para el ama, como para la criada. Aquella lo conoció al instante, callose, y esta prosiguió después de alguna pausa.

—¡Ay! niña! lo que le puedo asegurar es que su merced hubiera sido mas dichosa casándose con un jóven que la quisiera mucho, aunque pobre; que con un hombre tres tantos mas viejo que su merced, que nunca puede quererla bastante, y como la niña se merece.

—Vuelvo á repetirte que te engañas. De los jóvenes del día, ¿te figuras tú que haya siquiera uno capaz de hacer feliz con su amor á una pobre mujer? Mira, Anacleta, hubo un tiempo en que yo tambien era de tu opinion; en que llegué á persuadirme que podía existir ese hombre tan amante, y en que me imaginaba destinada á querer y ser querida con delirio. Pero mamá, y sobre todo Gabriela, me han contado tantas cosas de ellos, de sus fingimientos, engaños y falsedades, que he llegado á convencerme de que toda es una quimera fabricada por los mismos hombres para embobarnos á nosotras las mujeres, y nada mas.

—¡Ah! niña! No diga eso, no lo diga por Dios, que aunque no salgo casi nunca de casa, y aunque soy de color, sé de uno particularmente que hubiera dado por su merced, no digo el corazon, la vida.

—¿De quién, de quién me quieres hablar?—preguntó Paulina enderezándose en la cama sobre el un codo, y apartándose los cabellos de la frente, vuelta toda ojos y oidos.

—Siento pasos en la escalera, dijo la mulata: y fué á la puerta del aposento á cerciorarse—Es el amo; añadió desde allá, en voz bastante baja, é inmediatamente salió fuera á recibirle en la sala ó en el comedor, diciendo entre si, con grande desconsuelo:—¡Mi señorita no está contenta! ha perdido la mejor ocasion....

Al paso que esta dejó caer la cabeza sobre la almohada, cubriose con las sábanas para suponer que dormía, y exclamó en apagada voz:—¡Anacleta tiene razon en todo lo que dice! Yo soy una infeliz!...

GEOLOGIA.

(CONCLUSION.)

En la hacienda de S. José, propia de los señores Ordoñez, haciendo una alverca, se encontró á la profundidad de cinco varas en terreno arcilloso, un fémur petrificado, que por su deformidad no conviene á ningun animal de los que han vivido en nuestra Peninsula.

En la hacienda de don Juan Morales, abriendo una noria en terreno arcilloso, á las treinta varas de profundidad se encontraron muchos fragmentos de vasijas de barro, y una asta de buey petrificada.

En la calle de las Parras, regularizando el terreno y abriendo los cimientos en capas arcillosas para obra que se hizo en la casa de Providencia, á mas de veinte varas de profundidad se encontró obra de cal y canto.

No son de poca consideracion para el químico los hallazgos que acabamos de manifestar, y si reflexionamos quien los ha tenido ocultos, podremos darles toda la estimacion que merecen y conocer sin la menor disputa que son ejemplares na-

da equivocados antediluvianos, y que en aquella época habitaban hombres en su suelo. No hay duda que habrá muchos incrédulos que desprecien estos hallazgos; no así el geólogo, que reflexiona con la debida madurez las obras de la naturaleza, y que ellas mismas le hablan con la mayor exactitud el origen y demás circunstancias de cuantos productos se encuentran en la superficie de nuestro globo. El geólogo que observa un hueso fémur de una dimension que no conviene á ningun animal cuadrúpedo de cuantos se crían en nuestra Peninsula, y le encuentra debajo de una capa arcillosa á las cinco varas de profundidad, ¿no diría, que vino impulsado por el grandioso torrente de agua de una gran catástrofe, y que en aquel sitio quedó oculto como se han observado iguales productos escondidos en otros varios sitios de toda la tierra conocida? No son de menos atencion los fragmentos de losa encontrados á las treinta varas en la noria que mandó abrir don Juan Morales en su hacienda; y tambien ¿no parará la consideracion el químico geólogo en la obra de cal y canto encontrada á mas de veinte varas en la escavacion de la nueva obra de la casa de Providencia, calle de las Parras? Es menester ser muy estólido para no conocer por cierto el gran trastorno que sufrió toda la superficie del suelo primitivo de esta ciudad, y es un testimonio inequívocable el que nos presenta su ensenada para no dudar de este acontecimiento. ¿Pudo el trabajo mas obstinado de los hombres cubrir nuestro suelo de esa grandiosa capa arcillosa, y tener en dichas profundidades ocultos los objetos que he manifestado? No puede ser por otro agente sino el diluviano. Iguales testimonios nos da la historia geológica de toda la tierra conocida del globo, y que todos los geólogos y naturalistas de mas nota no han dificultado la certeza del diluvio universal.

Don Antonio Ulloa nos dice de las conchas halladas en el Perú á la altura de catorce mil doscientos veinte piés, y que encontradas á tan grandes elevaciones, debieron ser conducidas á ellas por alguna inundacion, que habiendo llegado hasta allí no pudo ser parcial, sino que debió estenderse sobre todo el globo.

Además, en las llanuras de la Siberia se han encontrado huesos de elefantes y de rinocerontes, y aun el esqueleto en-

tero de uno de estos últimos animales; los cuales no pudiendo vivir en un clima tan frío, precisamente fueron transportados por alguna violenta inundación, procedente de regiones de un temperamento mas suave, separadas de la Siberia por montes de nueve mil piés de altura, por encima de los cuales debieron abrirse camino las aguas.

Finalmente, muchas veces se hallan amontonadas en unos mismos lugares conchas que se sabe pertenecen á regiones muy distantes unas de otras; luego es indispensable que á lo menos la una de las especies, reunidas de este modo, se haya traído por alguna violenta inundación.

Consideremos estas tres clases de hechos como las pruebas geológicas menos equívocas de un diluvio universal.

En las investigaciones de los hechos antiguos que dependen de causas naturales, es preciso apoyarse constantemente en ciertas reglas de lógica. La primera es, no atribuir efecto alguno á ninguna causa cuya energía *conocida* sea insuficiente para producirle: la segunda se reduce, á no admitir causa alguna cuya existencia no se pruebe por experiencia, ó por un testimonio incontestable. Hay un gran número de fenómenos naturales que se han verificado, y todavía se observan en lugares distantes de nosotros, y de los cuales no podría sin el mayor absurdo desecharse la prueba por autoridad; así es, que habitantes del norte de Europa, que jamás han experimentado temblores de tierra, y nunca han visto volcanes, deben admitir, por simple testimonio, la existencia pasada y actual de estos fenómenos. La tercera regla es, no atribuir á una causa *presumida tal*, sino aquella influencia que merece realmente según la observación, y en las circunstancias en que haya ejercido su acción.

Los que se atreven á tachar de superfluas estas investigaciones, y pretendan que únicamente merece la atención de los naturalistas el estado presente del globo, sepan que su estado primitivo está tan íntimamente unido con las apariencias actuales, que es imposible formarse ideas exactas de estas, sin subir á los tiempos anteriores: que además, muchas pruebas recientes nos han convencido de que la oscuridad en que hasta ahora han estado envueltas las primeras edades del mundo, han favorecido demasiado la aparición de varios sistemas de ateis-

mo, y que éstos sistemas también han multiplicado demasiado el desorden y la inmoralidad, para que no se procure disipar esta oscuridad al auxilio de todas las luces que han proporcionado las indagaciones de los naturalistas modernos.

Si el deseo de complacer á una persona, como es la del señor don A. A., á quien tanto debo, requiere esfuerzos; nunca mejor que ahora es de mi deber desplegar mis luces y poner en accion mis conocimientos, para cumplir con el ofrecimiento que le hice; y esta idea ha arrebatado vivamente mi espíritu hasta el osado extremo de componer este escrito, que formado de los mejores materiales que suministra la Geología química, y edificado sobre las ruinas y errores de la antigüedad, manifieste á dicho señor, por medio de estos trabajos, los monumentos que acreditan que hubo habitantes antediluvianos en la superficie primitiva de la ciudad de Málaga; esperando reciba estas primicias de mi afecto, que aunque sin todo el caudal de conocimientos con que debe estar adornada una obra que se pone bajo sus auspicios y se ennoblece con su respetable nombre, es sin embargo un testimonio de gratitud á los distinguidos favores que me ha dispensado, y como una prueba de amor y del mas sumiso respeto.

Dr. D. Rafael Briz.

Málaga 8 de julio de 1839.

